

STAR WARS

Aprendiz de Jedi 10

EL FIN DE LA PAZ

Jude Watson

Título original: Star Wars. Jedi Apprentice. The Shattered Peace.

Traducción: Virginia de la Cruz Nevado.

CONTRAPORTADA

Antes del "Episodio I"
Antes de "La guerra de las galaxias"
La historia de Obi-Wan Kenobi

La paz por encima de la ira
El honor por encima del odio
La Fuerza por encima del miedo

Durante generaciones, los hijos primogénitos
de los gobernantes de los planetas Rutan y Senali
han sido intercambiados a la edad de siete años.
De esa forma se pretendía fomentar la paz
Y el entendimiento entre las dos culturas, pero ahora
esa tradición está a punto de conducirles a la guerra.

Leed, el heredero del trono en Rutan,
no quiere regresar a su planeta natal,
pero su padre no se detendrá ante nada
para hacerle volver.
Qui-Gon Jinn y Obi-Wan Kenobi deben impedir
que este conflicto conduzca a un
derramamiento de sangre innecesario.

Es el desafío más importante al que se han enfrentado.

Capítulo 1

Obi-Wan Kenobi escudriñó la densa cubierta de nubes intentando avistar la superficie del planeta Rutan, pero sólo alcanzó a ver una espesa niebla gris que se movía alrededor de la nave y formaba pequeñas gotitas que resbalaban por el cristal de la cabina.

Estiró las piernas con impaciencia. Estaba ansioso por llegar al planeta y comenzar la misión. El viaje desde Coruscant había sido largo, tenía los músculos agarrotados y necesitaba aire fresco. Habían tenido que reparar la pequeña nave que les había prestado el Senado, y eso había añadido un día más a su viaje.

Su Maestro, Qui-Gon Jinn, percibió sus movimientos inquietos y le miró.

—Controla tu impaciencia, Obi-Wan —le dijo—. La misión comienza antes de empezar, mientras nos preparamos para lo que se avecina.

Obi-Wan se tragó un suspiro. Qui-Gon era un Maestro Jedi y su sabiduría era legendaria. Sus consejos solían tener sentido cuando Obi-Wan se paraba un momento a pensarlos, pero algunas veces era algo difícil de seguir. Sobre todo si llevaba tres días sentado en una nave, esperando llegar a alguna parte.

Qui-Gon le dedicó una breve sonrisa. Lo bueno del Maestro de Obi-Wan era que, incluso cuando le regañaba por su impaciencia, también se mostraba comprensivo.

—Repasemos lo que sabemos sobre esta misión —sugirió Qui-Gon—. La información significa preparación. ¿Qué sabemos de la historia de Rutan y Senali?

—Senali es un satélite en órbita de Rutan —recitó Obi-Wan, recordando la información que el Maestro Jedi Yoda le había proporcionado en Coruscant—. Ahora es un planeta autónomo con su propio Gobierno, pero fue colonia de Rutan durante muchos años. Ambos planetas se enfrentaron en una larga y complicada guerra que se cobró víctimas en ambas partes. El satélite Senali ganó la contienda con un inesperado giro del conflicto.

La atención de Obi-Wan se desvió cuando le vino algo a la memoria. Meses atrás, él estuvo involucrado en la guerra civil del planeta Melida/Daan. En aquel conflicto, la facción menos provista de armamento y más carente de poder ganó y sorprendió no sólo a sus enemigos, sino a toda la galaxia. Él sabía de primera mano que la resolución y la astucia podían derrotar a fuerzas superiores.

— ¿Y qué pasó después? —exclamó Qui-Gon, irrumpiendo en sus pensamientos.

—Dado que el enfrentamiento fue devastador para ambos planetas, se firmó un acuerdo de paz insólito. Los primogénitos de las familias gobernantes de Rutan y Senali son intercambiados cuando alcanzan la edad de siete años. El niño crece en el planeta vecino, pero se le permite recibir visitas y viajar durante breves períodos a su planeta natal, así como estar en contacto con la Familia Real. Esto se hace para que el niño no olvide sus deberes ni a su familia de nacimiento.

— ¿Y qué ocurre cuando el niño cumple dieciséis años? —preguntó Qui-Gon.

—Se le permite volver a su planeta de origen para prepararle para su cargo —respondió el padawan, que tenía trece años—. Otro miembro de la familia gobernante ocupa su lugar hasta que nazca la siguiente generación.

—Es una solución interesante al problema de mantener la paz entre dos antiguos enemigos —musitó Qui-Gon—. La idea es que el líder del otro planeta no atacará el lugar en el que reside su hijo. Pero el plan tiene un fallo que ninguno de los gobernantes tuvieron en cuenta.

— ¿Cuál? —preguntó Obi-Wan.

—Los sentimientos —respondió Qui-Gon—. La lealtad se forma en el corazón, no nace con uno. Las emociones no pueden controlarse. Ambos líderes pensaron que si sus hijos estaban con ellos durante los primeros siete años, eso garantizaría su lealtad; pero uno puede ser fiel a su lugar de origen y desear una vida distinta.

—Como el príncipe Leed —dijo Obi-Wan—. Ha vivido en Senali durante casi diez años y no quiere regresar a Rutan.

Obi-Wan volvió a recordar su experiencia en Melida/Daan. El quiso formar parte de esa sociedad y vivir allí. Pero, aunque decidió hacerlo, no renunció a su lealtad al Templo. Aun así, hubo quien no lo vio de esa forma. Intuyó que podía entender los sentimientos del príncipe Leed.

—Leed dice que quiere quedarse en Senali —señaló Qui-Gon—. Eso es lo que tenemos que averiguar. Su padre cree que en Senali le están obligando a quedarse. Por eso el Senado teme que ambos planetas entren en guerra de nuevo.

La niebla comenzó a disiparse formando jirones de nubes, y una gran ciudad apareció a sus pies.

—Ésa debe de ser Testa, la capital —dijo Qui-Gon—. La residencia del Rey se encuentra en las afueras.

Súbitamente, una luz de alarma apareció en el panel de control.

—Me lo temía —murmuró Qui-Gon—. Debido a nuestro rodeo, apenas tenemos combustible.

El Maestro Jedi acercó la nave a la superficie del planeta. Dejaron atrás la ciudad y planearon sobre un campo de hierba gruesa de color pajizo. Sonó un pitido de alarma.

—Perdemos combustible rápidamente. No llegaré a la plataforma real de despegue —dijo Qui-Gon. Luego comprobó las coordenadas—. Si aterrizamos en esta zona, no estaremos lejos del palacio. Podemos ir a pie.

Obi-Wan accionó los mandos de aterrizaje. Qui-Gon descendió hasta el nivel del suelo y detuvo la nave suavemente.

—Nos llevaremos únicamente los equipos de supervivencia—sugirió Qui-Gon—. Sin duda, el rey Frane nos suministrará combustible y más adelante podremos llevar la nave a la plataforma de aterrizaje.

Obi-Wan siguió a Qui-Gon por la rampa. Juntos, se pusieron en camino campo a través. Obi-Wan disfrutaba de volver a estar al aire libre. Aspiró el fresco aroma de la hierba y echó la cabeza hacia atrás para sentir los débiles rayos de sol que se filtraban entre las nubes y la niebla.

De repente, Qui-Gon se detuvo.

— ¿Lo percibes? —preguntó.

Obi-Wan no percibía nada, pero esperó antes de contestar. La percepción de Qui-Gon solía ser más aguda que la suya. Su Maestro tenía una profunda unión con la Fuerza, que lo conectaba todo.

Y entonces también lo sintió. Era una vibración en el barro bajo sus pies.

— ¿Qué es eso?

—No estoy seguro —dijo Qui-Gon. Se agachó y puso una mano en el suelo—. No es un vehículo. Son animales.

Obi-Wan escudriñó la niebla. A lo lejos vio una nube de polvo que se al/aba desde el suelo. La hierba seca se doblaba, pero no había brisa. Entonces distinguió unas siluetas entre la bruma. Eran animales que corrían al galope hacia ellos.

—Corren asustados. Es una estampida —dijo Qui-Gon, y giró bruscamente la cabeza—. No hay tiempo para encontrar un refugio; estamos demasiado lejos de los árboles. Corre con ellos, padawan. No se te ocurra caer o te aplastarán.

— ¿Que corra con qué? —ahora Obi-Wan podía escuchar el sonido palpitante—. ¿Qué son?

—Kudanas —dijo Qui-Gon conciso. Después contempló el aire sobre sus cabezas. Aquellos puntitos que Obi-Wan había tomado por pájaros giraron de una forma muy extraña para ser aves. Uno de los puntos se dirigió hacia ellos. Era un androide rastreador. Obi-Wan vio una luz de alarma.

—Una cacería —corrigió Qui-Gon, desenfundando su sable láser y activándolo con un suave movimiento—. Y ahora nosotros somos la presa.

Capítulo 2

Los kudanas salieron de entre la niebla. El ruido de sus cascos era como un trueno. Eran unos animales muy bellos, y su piel, de color bronce metalizado, era muy valorada en toda la galaxia. Tenían los ojos desorbitados por el miedo y emitían agudos relinchos que se parecían mucho a un grito. Obi-Wan podía oler el pánico, pero estaba más preocupado por los cascos y las potentes patas.

El androide rastreador planeó en su dirección, disparando su láser hacia Qui-Gon. Sin duda, estaba transmitiendo la señal de su localización.

— ¿Preparado, Obi-Wan? —gritó Qui-Gon por encima del estruendo—. Escoge a un kudana y corre a su lado. Usa la Fuerza para concentrarte y conectarte a él. Y, si puedes, cabálgalo.

Obi-Wan comenzó a correr. Qui-Gon iba delante de él, a la misma velocidad que los animales. Rozó el flanco del animal que tenía más cerca y corrió a su lado. Obi-Wan supo que su Maestro estaba utilizando la Fuerza.

Dando un gigantesco salto, Qui-Gon aterrizó en el lomo del animal, que se encabritó y giró, intentando derribarle. Mientras tanto, Qui-Gon asestó al androide rastreador con el sable láser. El metal siseó y el ser mecánico humeante fue a parar al suelo. Qui-Gon se agachó y se abrazó al cuello del animal, que se tranquilizó y permitió que le cabalgara.

Obi-Wan no vio nada de esto. Estaba ocupado intentando evitar los rápidos cascos de los kudanas que le rodeaban. Sus aterrorizados intentos de evitar las ráfagas de láser les hacían moverse de un lado a otro. Pronto se dio cuenta de que si no inutilizaba a los androides rastreadores moriría aplastado.

Él también rozó a uno de los animales que tenía más cerca, y notó cómo se le estiraban y se le contraían los músculos. Saltó cuanto pudo y aterrizó de pie sobre el lomo del kudana. Se sentó rápidamente y adoptó el ritmo de su montura para no caer. Se concentró y se conectó con la atemorizada mente del animal, intuyendo sus movimientos.

Manteniendo el equilibrio, Qui-Gon giró el sable láser por encima de la cabeza hacia el siguiente androide rastreador, y lo partió en dos.

Obi-Wan se agarró a las sedosas crines del kudana durante un momento para equilibrarse, y saltó por encima del animal para aterrizar sobre otro. Dando una estocada en el aire, cortó limpiamente por la mitad a otro androide rastreador.

El cuarto androide zumbó sobre él y se abalanzó para bloquear la posición de Obi-Wan. Qui-Gon cabalgaba un kudana junto a su padawan, manteniéndose en perfecto equilibrio y balanceándose con el impulso del movimiento.

— ¡Yo me encargo de ése, padawan! —gritó. Alzó su arma y, con un golpe de izquierda a derecha, destrozó al androide rastreador. Luego bajó del kudana, sin dejar de correr junto a la manada. Le indicó a Obi-Wan que hiciera lo mismo.

Obi-Wan saltó y corrió junto al kudana. Ahora que ya no veían los láseres rojos, los animales comenzaron a calmarse. Corrían más tranquilos, sin el pánico que les

había hecho encabritarse. Los kudanas avanzaron en manada, y Obi-Wan se encontró junto a Qui-Gon.

Qui-Gon redujo el paso y apagó su sable láser.

—Bien, padawan —dijo—. Creo que nuestra misión ha comenzado.

Obi-Wan intentó recuperar el aliento y sintió el suelo temblar bajo sus pies una vez más. Ambos se giraron al mismo tiempo. Nubes de polvo se elevaban en la distancia.

— ¿Más kudanas? —preguntó Obi-Wan.

—No —dijo Qui-Gon—. Hemos visto a la presa. Ahora conoceremos a los cazadores.

Obi-Wan comenzó a distinguir a las criaturas llamadas huds acercándose en la distancia. Esas criaturas, nativas de Rutan, tenían cuatro patas y pieles listadas de negro y rojo, y se criaban por su fuerza y su velocidad. Los rutanianos de piel azulada cabalgaban sobre ellos, vistiendo coloridas pieles. Atados a los ronzaes de las monturas iban los fieros perros de batalla nek, ladrando junto a ellas y saltando de vez en cuando para esquivar los cascos de los hud. A pesar de su naturaleza violenta e imprevisible, muchos rutanianos criaban esas criaturas para la caza y como mascotas.

Qui-Gon esperó a que el grupo llegara hasta ellos. El rutaniano que iba en cabeza descendió bruscamente de su hud.

Los rutanianos eran conocidos por su altura, casi un metro más elevada que la de Qui-Gon. Este rutaniano era más alto que la mayoría. Su aspecto era hostil e iba vestido con las pieles y pellejos de varias criaturas que, cosidos con un hilo de plata, formaban un colorido conjunto. Su larga y brillante cabellera estaba cuidadosamente trenzada y le colgaba sobre los hombros. Tenía los dedos gruesos, muy peludos, cubiertos de anillos.

— ¡Habéis asustado a mi manada! —bramó, avanzando pesadamente hacia los Jedi con sus botazas—. ¡Por todos los agujeros negros, que explote la galaxia! ¿Qué clase de idiotas sois?

—Somos los Jedi que hicisteis venir desde Coruscant, rey Frane —dijo Qui-Gon con calma.

— ¡No sois más que un par de cerebros de gundark! —continuó increpándoles el rey Frane—. ¿Visteis aquella manada? Podríamos haber capturado al menos veinticinco pieles. Llevo siguiéndoles tres días. ¡Vais a pagar por esto!

Obi-Wan miró a Qui-Gon para ver cómo respondía ante aquello. No podía creer que el rey Frane hubiera insultado a los Jedi de forma tan ruda. ¿Se marcharía Qui-Gon?

Qui-Gon guardó silencio un momento y miró al rey Frane sin aspereza, esperando a que se calmara. La inteligencia y la tranquilidad de la mirada del Jedi pronto incomodó al rey Frane. Su incomodidad se tornó rápidamente en ira.

— ¡No intentes utilizar tus trucos Jedi conmigo! —rugió—. Habéis estropeado la

caza de hoy. ¡Estoy pensando que a lo mejor os envío de vuelta a vuestro Templo y le declaro la guerra a los senalitas! Por lo menos sé que a ellos puedo destrozarlos antes de que escapen.

—Sobre todo teniendo en cuenta que tiene androides rastreadores para seguirles —dijo Qui-Gon—. ¿Acaso no son ilegales en Rutan? Tenía entendido que se prohibieron para que todos los rutanianos tuvieran las mismas posibilidades en el juego. Incluido el Rey —señaló Qui-Gon.

Los ojos verdes cristalinos del rey Frane brillaban sobre su piel azulada. Obi-Wan no podía describir lo que veía en ellos. ¿Explotaría el Rey y les insultaría todavía más? Obi-Wan sabía que la caza era un pasatiempo popular en Rutan. El cuero rutaniano era conocido en toda la galaxia entre aquellos que vestían atuendos semejantes. Los animales se criaban expresamente por la suavidad y belleza de sus pieles. Luego se les dejaba en libertad para que proporcionaran diversión a la población.

El rey Frane se jactaba de ser el mejor cazador de todos. Las listas de las presas se anunciaban al final de cada año, y el Rey siempre estaba en primer lugar. Y ahora Qui-Gon había señalado el hecho de que hacía trampas.

De repente, el rey Frane soltó una estruendosa y explosiva carcajada. La corte real que estaba tras él también rió nerviosamente.

— ¡Pillado por un Jedi! ¡Yo sí que soy un cerebro de gundark! —rió el rey Frane—. Ya veo que hice venir a las mejores mentes de la galaxia. Eso significa que soy tan listo como ellos, ¿no?

Pasó amistosamente el brazo por los hombros de Qui-Gon.

—Ven, amigo —dijo—. Me alegro de veros, después de todo. Tu joven compañero y tú sois bienvenidos a mi fiesta. Allí hablaremos de los tramposos y traicioneros senalitas.

Capítulo 3

Los Jedi fueron guiados a un amplio salón de piedra en el centro del palacio real. Una enorme hoguera ardía en un hoyo en mitad de la estancia. Las paredes estaban ennegrecidas por el humo. Los perros de guerra nek yacían en el frío suelo de piedra, encadenados a estacas grabadas con escenas de pasadas batallas. En las paredes, a distancias regulares, había cabezas disecadas de kudanas y otras criaturas nativas del planeta. A la entrada del salón, un gran kudana disecado y de aspecto fiero estaba colocado sobre sus patas traseras y enseñando los dientes. Qui-Gon pensó que era uno de los comedores menos sugerentes que había visto en su vida.

Mientras seguían al rey Frane a la mesa principal, junto a la chimenea, el olor de la carne asada llenaba la estancia. El humo les daba en la cara. Obi-Wan tosió y contempló asqueado la sangrante pieza de carne que giraba sobre las llamas. Qui-Gon estaba convencido de que su hambriento padawan no tendría mucho apetito aquella noche.

—Sentaos, sentaos —les dijo el rey Frane mientras ocupaba el lugar de honor en la mesa—. No, Taroon. Deja que los Jedi se sienten junto a mí.

Un rutaniano alto de piel azul celeste y con las trenzas anudadas en bucles alrededor de la cabeza dio un paso atrás y miró amenazador a los Jedi.

—Mi hijo, el príncipe Taroon —dijo el rey Frane. Qui-Gon se giró para saludarle, pero el Rey indicó con un gesto a Taroon que ocupara el asiento opuesto al suyo—. Hablemos de Leed. Es la razón por la que habéis venido, ¿no?

Qui-Gon se sentó mientras un criado le ponía un enorme plato de carne delante. El Jedi asintió a modo de agradecimiento.

—El príncipe Leed ha decidido quedarse en Senali... —comenzó él.

— ¡Decidido! —interrumpió el rey Frane con un rugido. Luego dio un puñetazo en la mesa—. ¡Eso es lo que me dice ese dinko mentiroso de Meenon! ¡A mi hijo lo han secuestrado!

—Pero vos mismo visteis el holocom —señaló Qui-Gon—. Yo también lo he visto. El príncipe Leed parece sincero.

—Le han coaccionado o amenazado —insistió el rey Frane, trinchando un gran pedazo de carne. A continuación lo agitó ante Qui-Gon—. O le han dado una de sus pociones. Son primitivos. Pueden utilizar hierbas y plantas para nublar la mente. Leed nunca hubiera decidido quedarse. ¡Nunca!

Súbitamente, mientras miraba a Qui-Gon, los grandes ojos verdes de Frane se llenaron de lágrimas. Cogió su servilleta y se secó los ojos.

—Mi hijo mayor. Mi tesoro. ¿Por qué no viene a mí? —se sonó la nariz en la servilleta y se quedó pensativo. Cuando volvió a mirar al Jedi, su cara estaba desfigurada por la ira—. ¡Esos sucios senalitas le están obligando! —rugió—. ¿Por qué no viene a enfrentarse a mí?

Quizá porque te tiene miedo, pensó Qui-Gon, pero no podía decirlo en voz alta.

Los cambios de humor del Rey eran alarmantes, pero parecían sinceros.

— ¿Qué puedo hacer, Jedi? —el rey Frane trinchó de nuevo la carne y le dio un vigoroso mordisco—. ¿Declarar la guerra?

—Evidentemente, nos oponemos a ese paso —dijo Qui-Gon—. Por eso hemos venido. Podemos reunimos con Leed y aclarar la situación.

—Traedle a casa —dijo el rey Frane—. Y comeos la cena. Es lo mejor que puede ofrecer Rutan.

Qui-Gon dio unos bocados de cortesía.

—Meenon ha accedido a que le visitemos.

— ¡Es un cerdo! ¡Un salvaje! —gritó el rey Frane—. No creáis ni una palabra suya. Me robó a mi hijo. ¿Qué sabe él de lealtad? Mi hijo es una joya. Yo seguí sus progresos en ese asqueroso planeta. Tienen competiciones anuales de velocidad, resistencia y habilidad. Él ha ganado todos los años desde que cumplió los trece. Es una joya, os lo digo yo. ¡Un líder nato! —dio un golpe en la mesa—. Ha de ser mi heredero. ¡Es el único que puede sucederme! Todo lo que tengo, todos los que me rodean no valen nada si mi primogénito no me sucede.

Qui-Gon miró a Taroon. El hijo menor fingía no estar escuchando, pero el grito del rey Frane era francamente audible. ¿Por qué le trataba su padre como si fuera invisible? Leed sólo era un año mayor que él, un hombre joven, delgado y desgarbado, con largos brazos y piernas. ¿Acaso él no era valioso para su padre?

—Yo leeré la verdad en los ojos de Leed —prosiguió el rey Frane, poniendo otro enorme pedazo de carne en el rebosante plato de Qui-Gon—. Traédmelo y yo lo sabré.

Si no le dejan marchar, invadiré su planeta y les haré arrodillarse. Díselo a Meenon.

—Los Jedi no comunican amenazas —dijo Qui-Gon firmemente—. Intentaremos convencer a vuestro hijo de que vuelva. No le obligaremos a él ni al Gobierno de Senali. Pero si le traemos de vuelta, no podréis obligarle a que se quede. Debéis darme vuestra palabra.

—Sí, sí, tenéis mi palabra. Pero Leed querrá quedarse, os lo aseguro. El chico es consciente de sus deberes. Enviaré con vosotros a mi hijo menor, Taroon, para que le comunique mi amenaza a Meenon. También ocupará el lugar de Leed en Senali cuando mi hijo regrese a casa.

—Tampoco permitiré que Taroon sea mensajero de amenazas —dijo Qui-Gon—. Si ése es vuestro objetivo, Taroon se quedará aquí. Su presencia podría comprometer una misión diplomática. Meenon podría sentirse presionado por la presencia de alguien de la Familia Real. Además, los Jedi siempre negocian solos.

El rey Frane rasgó un trozo de carne con sus afilados dientes amarillentos. La astucia brillaba en sus ojos.

—Acabo de firmar la orden de encarcelamiento de la hija de Meenon, Yaana, aquí en Rutan. Sé que Meenon la aprecia tanto como yo a Leed. ¡Que conozca el

sufrimiento de un padre! ¿Qué te parece eso, Jedi?

—Es un error —dijo Qui-Gon suavemente—. Mee-non lo tomará como una provocación. Podría significar la guerra. Y, por mucho que digáis, no creo que lo deseéis. Vuestro pueblo no desea entrar en guerra.

— ¡Mi pueblo quiere lo que yo le digo que quiera! —gritó el rey Frane furioso—. ¿Acaso no soy el Rey?

Qui-Gon no parpadeó.

—Permitiremos que Taroon nos acompañe si anuláis la orden de encarcelamiento de Yaana.

El rey Frane dejó de masticar y contempló duramente a Qui-Gon unos segundos. Luego volvió a golpear la mesa.

— ¡Hecho! ¡El Jedi es listo! —se volvió sonriente hacia el resto de los comensales—. Los Jedi traerán a Leed de vuelta a casa.

El resto de la corte comenzó a vitorear.

El rey Frane se volvió de nuevo hacia Qui-Gon.

—En tres días —dijo—. Eso es todo lo que os ofrezco. Si no volvéis con Leed, Yaana acabará en la peor mazmorra de Rutan —con otro brusco cambio de humor, le dio una palmada a Qui-Gon en la espalda—. Y ahora, ¡a disfrutar!

El resto de la corte se sintió más relajada para gozar de su comida y todos comenzaron a conversar entre ellos.

Obi-Wan se aproximó a Qui-Gon.

—Taroon no parece contento con la idea de acompañarnos —dijo en voz baja.

—Ya me he dado cuenta —respondió Qui-Gon—, pero la negociación ha ido bien. Siempre quise que Taroon viniera con nosotros. Sospeché que el rey Frane encarcelaría a Yaana. Hemos conseguido unos cuantos días más de libertad para ella.

—Pero ¿cómo supiste esas cosas? —preguntó Obi-Wan, asombrado.

—Encuentra el sentimiento, predice la acción —respondió Qui-Gon—. Era una consecuencia lógica. Es lo único con lo que el rey Frane puede amenazar a Meenon. El Rey es el típico gobernante que golpea de la única forma que sabe. Pero le tiene miedo a la guerra, así que dejará que le convenzan de que es mejor esperar. Ahora lo único que tenemos que hacer es volver con Leed. Si pensamos que de verdad quiere quedarse en Senali, entonces tendremos que ayudarle a que su padre comprenda la decisión. Si nada sale mal y ambas partes actúan con sinceridad y tolerancia, la situación se resolverá sola.

Qui-Gon miró a Taroon. El joven rutaniano no se había unido al banquete ni a la conversación, sino que permanecía con los brazos cruzados. Su mirada era hosca y vigilante.

— ¿Así que no crees que corramos peligro? —preguntó Obi-Wan.

Qui-Gon sonrió ligeramente.

—Veo lealtades enredadas y un gran potencial para el malentendido. Y hasta el menor de los malentendidos puede atraer el peligro cuando una situación es tan delicada como ésta. Las palabras no siempre reflejan lo que está en el corazón. Y las cosas no suelen ser nunca tan fáciles como parecen.

Capítulo 4

Desde el espacio, el planeta Senali era como una brillante joya azul. Su superficie contenía tanta agua, que reflejaba la luz y parecía relucir. Mientras la nave planeaba cerca del suelo y se dirigía a la plataforma de aterrizaje de Meenon, Obi-Wan pensó que nunca había visto un planeta tan bonito.

Los mares parecían mezclar mil tonos de azul y verde. Los archipiélagos esparcidos por el agua parecían collares. La exuberante vegetación verde y las flores poblaban las islas y crecían en los embarcaderos de las ciudades flotantes. Muchas de las estructuras se elaboraban a partir de las ramas y las copas de un árbol autóctono de corteza roja y brillante.

Aterrizaron en la real plataforma de aterrizaje y fueron recibidos por varios miembros de la guardia. Los senalitas eran de la misma especie que los rutanianos, pero tenían un ligero tono plateado en la piel debido a las escamas que recubrían sus cuerpos. Eran excelentes nadadores y tenían un extraordinario control de la respiración. Al contrario que los rutanianos, llevaban el pelo corto, y muchos de ellos llevaban diademas y collares hechos de corales y conchas.

Los Jedi y Taroon siguieron a los guardias hacia la residencia de Meenon. Era una construcción grande y no muy elevada que flotaba en las aguas de una laguna verde y profunda. Los guardias les condujeron a un patio interior que se había transformado en un exuberante jardín, con una frondosa vegetación que les tapaba los rayos del sol.

Meenon estaba cuidando el jardín, pero se enderezó y saludó formalmente a los Jedi a su llegada. Llevaba puesta una túnica de algodón e iba descalzo. Una sencilla diadema de conchas blancas rodeaba su afeitada cabeza.

—Es un honor para mí tener a los Jedi en mi bello planeta —dijo.

—Es un honor estar aquí—respondió Qui-Gon. A continuación se presentó a sí mismo, a Obi-Wan y a Taroon—. Nos gustaría ver al príncipe Leed lo antes posible.

—Ah —Meenon contempló la cesta de flores que llevaba en la mano y acarició un capullo—. Hay un pequeño problema.

Obi-Wan notó la tensión de Taroon a su lado.

— ¿Problema? —preguntó Qui-Gon en tono neutro.

Meenon alzó la mirada.

—Leed está escondido.

Qui-Gon no reaccionó, sino que contempló cuidadosamente al gobernante.

Taroon sacó pecho de manera desafiante.

— ¡Qué sorpresa oír que mi hermano ha desaparecido! Y cuando hables de él, utiliza el título. Es el príncipe Leed. Sé respetuoso.

Meenon se enfureció.

—En Senali no creemos en los títulos. Los títulos generan divisiones. En Senali todos somos iguales, no como en tu planeta de bárbaros.

Los ojos de Taroon centellearon.

—Al contrario que los primitivos, nosotros honramos nuestra estirpe.

Qui-Gon se metió suavemente en la conversación antes de que se convirtiera en una discusión abierta.

—Dices que Leed ha desaparecido. ¿No dijo adónde iba?

—No —dijo Meenon, dándole la espalda a Taroon—. No sé dónde está.

Taroon volvió a colocarse frente a él.

— ¿Podrías jurarlo? —le preguntó con los ojos relampagueantes.

Meenon observó a Taroon.

—No necesito jurar. Yo no miento.

Qui-Gon habló un poco más rápido de lo que era habitual en él. Obi-Wan sabía que estaba intentando contener a Taroon sin dar esa sensación.

—Qué mala suerte.

Meenon se encogió de hombros.

—Sabía que veníais. Creo que por eso se esconde. No quiere volver a Rutan.

—No hemos venido a obligarle —dijo Qui-Gon—. Sólo queremos hablar con él.

—Yo le aseguré que si se reunía con vosotros, no permitiría que os lo llevarais a Rutan por la fuerza —dijo Meenon—. Parece que ha hecho las cosas a su manera, a pesar de mi consejo.

—Le buscaremos, con tu permiso —dijo Qui-Gon, mientras Taroon se exasperaba a su lado—. ¿Podemos hablar con la familia que lo adoptó?

—Aquí en Senali vivimos agrupados en clanes —dijo Meenon—. Yo le confié al clan de mi hermana, los Banoosh-Walore. Viven a un kilómetro al oeste, en Lago Claro. Podéis visitarles si lo deseáis.

Qui-Gon asintió.

—Estaremos en contacto.

—Os deseo paz y serenidad —dijo Meenon, mientras realizaba una inclinación.

Obi-Wan podía percibir la ira de Taroon mientras salían del patio y de la residencia de Meenon.

— ¿Nos desea paz y serenidad después de semejantes noticias? —dijo Taroon disgustado—. ¡Se estaba burlando de nosotros!

—Es la fórmula de despedida tradicional en Senali —dijo Qui-Gon con tranquilidad.

— ¡Esto es intolerable! —prosiguió Taroon—. ¡Nos toma por idiotas!

—Tu padre se va a tomar muy mal la noticia —dijo Qui-Gon—. Se va a enfadar tanto como tú.

—Yo no me parezco en nada a mi padre —dijo Taroon con los dientes apretados.

—Me pregunto si Meenon sabe más de lo que dice —reflexionó Obi-Wan.

—Por supuesto que sí —exclamó Taroon—. Todos los senalitas son unos mentirosos. Esto no es más que una maniobra para retrasarnos.

—Espero que el clan de su hermana nos ayude a descubrir algo —dijo Qui-Gon—. Hasta entonces, guardemos la calma.

Salieron a la brillante luz del sol. De repente, Taroon se dio la vuelta y pateó un arbusto en flor situado junto a la entrada de la vivienda. Lo atacó con frenesí, a puñetazos y patadas. Los pétalos rojos volaron por el aire y acabaron cubriendo el camino.

—Bueno, veo que al menos has heredado el temperamento de tu padre —comentó Qui-Gon.

Capítulo 5

La vivienda roja y azul del clan Banoosh-Walore formaba parte de la ciudad de Senali, que se levantaba sobre plataformas flotantes. Las distintas islas estaban conectadas entre sí mediante elegantes puentes de plata que se arqueaban sobre las aguas azules.

La brillante construcción se extendía por una amplia zona. El área principal de la vivienda no era más que una estructura formada por paredes de hojas entretejidas que se enrollaban para dejar correr la brisa marina. Una de las paredes estaba desplegada para proteger del sol el interior de la morada. Las otras tres estaban abiertas. No era necesario llamar. Podían ver a los miembros del clan reunidos en la gran sala central.

Una hembra senalita de elevada estatura y con corales rosas unidos a sus cortos cabellos les invitó a entrar.

—Meenon me dijo que veníais. ¡Bienvenidos, bienvenidos! Dejadme que os presente. Yo soy Ganeed, la hermana de Meenon. Éstos son mis hijos, Hinen y Jaret, y ésta es la mujer de Jaret, Mesan, y su hija, Tawn. Aquéllos son Drenna, mi hija pequeña; Wek, el hijo de mi hermana; Nonce, mi marido; Garth y Tonai, mi padre. Ah, y ella es mi nodriza, Nin; y el bebé, a la que llamamos Bu.

Un niño pequeño tiró a Ganeed de la túnica.

— ¡Y yo! —dijo.

Ella le puso una mano sobre la cabeza.

—Claro, Tinta. No te he olvidado. Te he dejado para el final porque eres muy importante.

Obi-Wan saludó con una inclinación de cabeza al nutrido y animado grupo. Sabía que sería incapaz de acordarse de todos los nombres. Había comenzado hacía poco su entrenamiento de memoria en el Templo. Podía dibujar de memoria un boceto técnico que apenas había contemplado durante diez segundos, o recitar una complicada fórmula que había oído hacía tiempo, pero aún no se le daba bien recordar los nombres de un grupo de seres vivos. Esperaba que Qui-Gon sí fuera capaz.

Uno de los hijos de Ganeed, Jaret o Hinen, se sentó en una larga mesa. Estaba pelando fruta junto a una joven hembra senalita. ¿Sería Wek o Mesan? La senalita de más edad se hallaba frente a un fogón, removiendo en un cazo algo que olía deliciosamente. Un joven acunaba al bebé, y una bella joven senalita de pelo plateado estaba sentada en una esquina, arreglando una red de pesca. Todos parecían hablar al mismo tiempo y no se podía distinguir ninguna voz, excepto la de Ganeed, que pedía a todos que guardaran silencio. Al final optó por coger una cacerola y la golpeó con una cuchara. Los miembros del clan se callaron.

—Así —dijo ella satisfecha.

Taroon seguía rígido al lado de Obi-Wan, que también se sentía incómodo. Admiró la forma en la que Qui-Gon apoyó una pierna sobre una banqueta y

comenzó a hablar tranquilamente con Tinta, alabando un juguete que el pequeño tenía en la mano. Obi-Wan no tenía esa facilidad para hablar con extraños.

—Lo primero que debería decirnos es que no tenemos ni idea de dónde está Leed —dijo Ganeed sin esperar a que Qui-Gon le preguntara—. Dejó una nota diciendo que lo mejor para su clan era que no lo supiéramos.

Qui-Gon asintió.

—Entiendo.

Uno de los hijos de Ganeed tomó la palabra.

—Leed es así. No le gusta causar problemas.

Su mujer asintió.

—Es muy considerado.

El marido de Ganeed, Garth, intervino a su vez.

—Incluso cuando era un niño, su bondad hacía que todos le apreciaran. Es una verdadera lástima que le haya pasado esto.

—Es una lástima que su padre no entre en razón —dijo Hinen. ¿O era Jaret?

Obi-Wan vio los puños de Taroon ocultos bajo la túnica. El príncipe estaba luchando por controlarse. Qui-Gon le había advertido que dejara que los Jedi se ocuparan de todo.

La anciana Nin les miró desde el fogón.

—El siempre hacía las cosas a su manera, nuestro Leed. Wek, por favor, pon la mesa para comer. ¿Nuestros invitados se quedarán?

—Lo siento, no podemos, pero gracias —dijo Qui-Gon amablemente.

El joven Wek comenzó a poner la gran mesa. Apenas parecía uno o dos años menor que Leed. Obi-Wan se preguntó si serían amigos.

Qui-Gon debió de pensar lo mismo.

— ¿Hay algún sitio especial adonde le guste ir a Leed, Wek? —le preguntó en tono cortés.

Wek colocó un cuenco en la mesa.

—Bueno, le gusta nadar —dijo.

—Y eso cuando no está navegando —dijo Jaret o Hinen.

—Es cierto, Jaret —dijo el otro hijo. Por fin, Obi-Wan supo quién era quién.

— ¡Me encanta navegar! —gritó Tinta—. Leed me enseñó a hacerlo y...

—Pero no olvidéis que siempre estaba dando paseos por el bosque — interrumpió Mesan mirando a Jaret—. Ahí es donde buscaría yo... —se detuvo de repente para coger al bebé, Bu, que había empezado a llorar.

—Ahí sólo va en primavera —dijo Nonce por encima del llanto del bebé. Fue

hasta el fogón y comenzó a ayudar a Nin, cortando el pan para la comida—. A él...

— ¡También va en verano! ¡Todo el mundo va en verano! —replicó Wek—. Tú no lo sabes porque...

— ¿Quién va en verano? Hace demasiado calor —intervino Tawn—. A Leed le gusta el agua fresca y los largos baños. Y...

—La comida—intervino Hiñen, acercándose a la encimera para coger un pedazo de pan—. A Leed le encanta la comida. Pronto estará de vuelta... ¡Ay! —gritó cuando Nonce le dio en los nudillos con una cuchara de madera.

El bebé comenzó a llorar de nuevo, y Jaret lo cogió de los brazos de Mesan. Tinta comenzó a pelearse con el otro niño.

—Estoy de acuerdo con Jaret —dijo Tonai con voz serena por encima de los llantos y los gritos de la pelea—. Yo buscaría en el bosque, no en el mar.

— ¡Yo dije el mar, y no en el bosque! —protestó Jaret—. Nunca escuchas una palabra de lo que...

—De todas formas, yo qué voy a saber —interrumpió Tonai, encogiéndose de hombros.

—Tú sabes mucho, viejo —dijo la anciana Nin—. Excepto cuándo tienes que irte a la cama.

—Sé cuándo tengo que comer —dijo Tonai, sentándose en la mesa con gran satisfacción. Nin sirvió algo de sopa en un cuenco.

—Yo creo que volvió a Rutan por su cuenta —dijo Garth—. Eso tendría sentido. No quería que nos preocupáramos.

Ese último comentario provocó numerosas intervenciones. Jaret e Hinen comenzaron a gritar. Tinta tiró la bandeja de pan. Bu comenzó a hipar, y Jaret entregó la pequeña a Ganeed.

Ganeed sonrió a los Jedi por encima del hombro del bebé, mientras le daba palmaditas en la espalda.

— ¿Veis? No tenemos ni idea de dónde puede estar.

—Ni siquiera Drenna lo sabe —dijo Tinta.

Qui-Gon clavó su amable mirada en el niño.

— ¿Drenna es muy amiga de Leed, Tinta?

—Son casi de la misma edad —dijo Ganeed, entregando el bebé a Mesan.

Obi-Wan contempló a Drenna por primera vez. Su densa cabellera parecía casi tan plateada como su piel azul oscuro. La muchacha alzó sus ojos de plata para mirar a los Jedi.

—Ya veis que este sitio es un poco caótico —dijo, haciendo una mueca—. Quizá lo único que Leed buscaba era un poco de paz para aclarar sus ideas. Yo creo que volverá pronto.

—Drenna, ayuda a Wek a poner la mesa —exclamó Nin—. Ve a sentarte, chico, estás muy cansado.

—Vamos a comer —dijo Jaret—. Tengo hambre.

—Bueno, pues ven a la mesa —le reprendió Nin—. Yo no puedo hacerlo todo.

Drenna se levantó de un salto y comenzó a poner la comida en los cuencos.

—Sí, es probable que Leed vuelva pronto —dijo Qui-Gon—. Echará de menos su clan. Así como vosotros a él.

Los ojos de Ganeed se llenaron de lágrimas.

—Como nosotros a él —dijo ella en voz baja.

El silencio se hizo en el clan por primera vez. Obi-Wan percibía dolor en los rostros. Vio que amaban sinceramente a Leed.

Durante un instante, lo único que se escuchó fueron los pequeños hipos de Bu, que apoyaba su cabecita en el hombro de su madre.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo Taroon de repente—. No nos van a decir nada.

—Os dejamos para que podáis comer —dijo Qui-Gon educadamente e inclinándose para saludar al clan.

—Os deseamos paz y serenidad —dijo Ganeed, sonriendo con los ojos llorosos—. Y si encontráis a Leed, por favor, protegedle.

—Así lo haremos —prometió Qui-Gon.

Salieron por el pasillo que unía la estructura con el embarcadero principal, de vuelta a la residencia de Meenon.

—No han sido de ninguna ayuda —se quejó Taroon—. No entiendo cómo Leed podía aguantar vivir con tanta gente.

—Ellos parecen disfrutar de la compañía —comentó Qui-Gon.

—Desde luego, les encanta hablar —añadió Obi-Wan. Se había sentido incómodo entre el clan, pero también había sentido la calidez y el visible cariño que sentían unos por otros.

—Pero no han dicho nada —dijo Qui-Gon—. ¿Te has dado cuenta, padawan?

Obi-Wan pensó en ello.

—Se contradecían unos a otros. Era como si estuvieran tratando de darnos pistas, pero no lo hacían.

—Exactamente. Y después, cuando desviamos nuestra atención a Drenna, a todos les entró mucha prisa por comer. Por aquí.

Qui-Gon bajó por una pequeña plataforma perpendicular a la principal. Había un pequeño jardín flotante para el disfrute de los habitantes de la ciudad. Qui-Gon se detuvo tras un arbusto repleto de capullos de azahar.

— ¿Qué estamos haciendo? —preguntó Taroon irritado—. No tenemos tiempo de coger flores.

Qui-Gon no respondió. Obi-Wan vio que desde ese punto veían perfectamente la entrada de la residencia del clan. Un momento después, Drenna salió. Se detuvo en el embarcadero, miró a la derecha y luego a la izquierda. Se había colocado un cinto de provisiones por encima de la túnica, y Obi-Wan vio que llevaba el bolsillo lleno.

La joven giró y se alejó rápidamente por la plataforma en dirección opuesta.

—Vamos —dijo Qui-Gon.

— ¿Por qué íbamos a seguir a una senalita en sus inútiles recados? —protestó Taroon.

—Porque nos conducirá hasta Leed —respondió Qui-Gon.

Capítulo 6

Al principio fue fácil seguir a Drenna. Los senalitas paseaban por los embarcaderos aquel bonito día, y se detenían para adquirir flores o comida en los mercados que había por el camino. Los Jedi y Taroon podían mezclarse entre la gente sin perder de vista a Drenna.

Los Jedi ya se habían acostumbrado a que el suelo no estuviera firme bajo sus pies. Las pasarelas se mecían de un lado a otro con el suave movimiento del mar. Taroon no lo llevaba tan bien. De vez en cuando se tambaleaba y se ponía colorado.

— ¿Qué clase de planeta construye las ciudades en el agua? —gruñó tras tropezar y estar a punto de caer al mar—. No entiendo cómo aguanta mi hermano en este horrible lugar.

Qui-Gon arqueó una ceja a Obi-Wan en un gesto privado. Obi-Wan sonrió. Sabía lo que estaba pensando su Maestro. En Senali había mares turquesa, jardines en flor y, por lo que parecía, una población feliz y pacífica. Taroon abrigaba el mismo prejuicio que tenían los rutanianos, la mayoría de los cuales no había puesto un pie en Senali desde la guerra que les dividió para siempre.

Pensaban que los senalitas eran unos vagos que no habían creado una cultura o economía esplendorosa, y que vivían únicamente para el placer.

La ciudad flotante se extendía a lo largo de varios kilómetros. Drenna les guió por los puentes y las pasarelas hacia las distintas zonas, algunas con brillantes edificios de varias plantas y otras con excéntricas estructuras que se mecían suavemente en el agua. Cruzaron lilas y filas de embarcaderos con distintas embarcaciones amarradas a la orilla. Cada vez había menos gente, y decidieron retrasarse un poco, lo justo para seguir viendo a Drenna.

Por último, Drenna se desvió hacia uno de los puentes plateados que conectaban la ciudad flotante con tierra firme. Se apresuró a cruzarlo y desapareció por un camino que se curvaba entre un denso grupo de árboles. El grupo la siguió rápidamente.

Los árboles se alineaban junto al camino que seguía la orilla. Las ramas estaban cargadas de vegetación verde, y casi se curvaban hasta el suelo, con las ligeras hojas formando un encaje en la arena. Las sombras de color verde oscuro parpadeaban y, de vez en cuando, un pedazo de mar turquesa aparecía como una visión entre la espesa cortina de hojas.

Qui-Gon empleó la Fuerza para que le ayudara a seguir a Drenna. Tenía que estar pendiente de cada ruido y percibir la perturbación que ella provocaba en el aire al atravesarlo.

Senali era un planeta pequeño, y la mayoría de la población viajaba por mar o a pie. Los Jedi no veían apenas deslizadores u otro tipo de naves moviéndose por el aire. De vez en cuando pasaban pequeños transportes que llevaban mercancías o alimentos.

El camino se dividió en dos carreteras principales y en una tercera senda más

estrecha que se perdía entre los árboles. Ya no veían a Drenna. Qui-Gon dudó sólo un instante antes de deducir que había tomado el camino más estrecho.

Obi-Wan seguía de cerca a su Maestro. El sendero se estrechó hasta que tuvieron que avanzar en fila de a uno. El suelo compacto del camino se había convertido en arenilla suelta que les dificultaba la marcha. De nuevo, Taroon tenía problemas para mantener el ritmo.

—Hay más arena en mis botas que en el suelo —murmuró—. ¿Por qué no construye esta gente caminos normales?

Qui-Gon levantó una mano y los tres se detuvieron. Cerró los ojos y escuchó con toda su concentración.

—Ahora está corriendo —dijo sorprendido—. Tenemos que ir más rápido.

Apretaron el paso. Taroon dejó de quejarse y se concentró en mantener el ritmo. El sonido del mar cubría el ruido de sus pisadas en la arena.

Doblaron un recodo y vieron que el camino conducía directamente a la elevada pared de un acantilado. Pero aún quedaba un estrecho trozo de playa para rodearlo. Una ola les mojó los talones mientras sorteaban el acantilado, evitando las rocas repletas de coral afilado que podía cortarles la piel.

Llegaron a una bella cala con una playa que se curvaba como una luna menguante. Estaba rodeada de escarpadas rocas.

La playa estaba vacía a excepción de una figura en la distancia. Qui-Gon tenía razón. Drenna estaba corriendo, avanzando fácilmente hacia el otro extremo de la lejana curva.

— ¿Sabe que la están siguiendo? —preguntó Obi-Wan mientras se apresuraban de nuevo. Se pegaron a la sombra del acantilado por si acaso ella se giraba.

De repente, Qui-Gon se detuvo. Miró al acantilado y luego al mar embravecido.

—Siempre ha sabido que la seguíamos —dijo—. Tenemos que volver.

Taroon miró hacia atrás.

—Mirad eso. La retirada ya está cortada.

Las olas se estrellaban ya contra la escarpada pared. Si intentaban volver, se verían atrapados. La marea era lo suficientemente fuerte como para aplastarles contra las afiladas rocas.

El agua formó de repente espuma alrededor de sus tobillos.

—La marea está subiendo —dijo Obi-Wan.

—Las mareas senalitas son famosas —dijo Qui-Gon, recorriendo la empinada pared con la mirada—. Las cuatro lunas hacen que sean rápidas y extremas.

Drenna había desaparecido por el otro extremo de la playa. Obi-Wan calculó la distancia y dio un paso atrás cuando una ola de sobrecogedora fuerza le golpeó en las rodillas.

Se dio cuenta de que no lo conseguirían.

Taroon llegó a la misma conclusión cuando miró a los Jedi.

— ¡Nos ha traído a una trampa! —gritó.

Capítulo 7

Qui-Gon ya estaba calculando el siguiente movimiento. —Podemos correr hasta el final de la cala por allí. La marea nos alcanzará, así que tendremos que nadar para rodear el acantilado. Al menos no hay rocas en aquel extremo. Podemos lograrlo.

—Yo no sé nadar —rugió Taroon—. Los rutanianos no nadamos. Nadar es para primitivos.

—Ahora mismo, nadar es para sobrevivir —dijo Qui-Gon con aspereza. Escudriñó el mar. Vio remolinos y una marea extremadamente peligrosa. Obi-Wan y él podían conseguirlo: eran Jedi, pero no podía arriesgar la vida de Taroon. Tampoco quería poner en peligro la de Obi-Wan.

Retrocedieron rápidamente cuando la siguiente ola les golpeó en la cintura. Su fuerza era impresionante. Taroon casi cayó al suelo, pero Qui-Gon le cogió por el brazo para mantenerlo en pie.

—Odio el mar —murmuró Taroon. Se quitó el pelo mojado de los ojos.

— ¿Y qué te parece la escalada? —le preguntó Qui-Gon.

Taroon contempló el acantilado.

— ¡Será una broma! —exclamó—. No hay manera de escalar esta pared.

Qui-Gon no respondió. Sabía que no había tiempo que perder. Se quitó los electrobinoculares del cinturón y miró el acantilado, buscando salientes para los pies y las manos. No había muchos. Y la pared era tan elevada que sus lanzacables no llegarían hasta arriba. Tampoco había nada con lo que engancharse al muro.

El agua se arremolinaba alrededor de sus rodillas e intentaba arrastrarlo hacia atrás. Taroon se agarró a Obi-Wan para apoyarse.

— ¿Cómo habéis podido meternos en esto? —preguntó a los Jedi— ¡Esa hembra nos ha engañado!

Qui-Gon ajustó los electrobinoculares. Vio una pequeña fisura en la roca, lo justo para que la punta del gancho de su lanzacables pudiera agarrarse. Tendría que funcionar.

Se guardó los electrobinoculares y sacó el lanzacables, indicando a Obi-Wan que hiciera lo mismo.

—Espera a que el mío se enganche y lanza el tuyo —le instruyó.

Qui-Gon lo consiguió a la primera, lo que fue una suerte, ya que la siguiente ola le llegó al Jedi hasta los hombros. Obi-Wan enganchó el suyo al segundo intento, cuando bajaba el agua. Tiraron para probar y vieron que aguantaba.

—Adelante —dijo brevemente Qui-Gon. Luego indicó a Taroon que se agarrara al cable. Él se quedaría detrás del príncipe para protegerle si se caía.

Qui-Gon esperaba que los lanzacables les elevaran lo suficiente como para

escapar del oleaje. La vegetación de la pared le indicó que la mayor parte de la misma quedaba sumergida al subir la marea. No le apetecía nada quedarse colgando en el aire mientras veían el mar acercándose cada vez más.

Vio subir a su padawan arrastrado por el cable. Se mecía por encima de ellos.

—Agárrate —ordenó Qui-Gon a Taroon. El cable comenzó a recogerse, elevándoles por encima de la playa. Se quedaron suspendidos cerca de la pared del acantilado.

— ¿Crees que el agua nos alcanzará? —preguntó Taroon, comenzando a girarse.

—No mires abajo —le ordenó Qui-Gon, pero era demasiado tarde. Taroon había visto lo alto que estaban. Se estremeció y se golpeó la rodilla contra la pared de roca. Dio un grito y cerró los ojos.

—Estoy detrás de ti, Taroon —le dijo Qui-Gon—. Saldremos de ésta si no te dejas llevar por el pánico. El cable aguanta nuestro peso. No mires hacia abajo.

Taroon respiró hondo.

—No pasa nada —dijo—. Es sólo que me ha sorprendido.

Qui-Gon admiró su compostura. Sabía que Taroon tenía miedo.

—Busca un saliente para apoyar el pie —le indicó Qui-Gon—. Eso aliviará la tensión de tus brazos. No puedes caerte. Estás enganchado al cable.

Qui-Gon miró hacia arriba. No veía ninguna fisura. Tendrían que quedarse allí colgados y con la esperanza de que el mar no subiera hasta ahogarles. Sabía que Obi-Wan y él aguantarían horas en caso necesario, pero no estaba seguro de que Taroon pudiera hacerlo.

—La marea sigue subiendo —le dijo Obi-Wan con calma—. Las olas podrían romper por encima de nosotros. Quizá deberíamos ponernos los respiradores.

Qui-Gon asintió. Era una buena sugerencia.

—Dentro de un minuto —no quería poner nervioso a Taroon.

— ¿No podemos subir más? —preguntó Taroon nervioso—. Me están salpicando las olas.

—De momento estamos bien —dijo Qui-Gon. Pero veía que era cuestión de minutos que las olas les golpearan.

De repente, vio otro cable bajando desde la cumbre, a unos cien metros por encima de ellos, que quedó colgando entre Qui-Gon y Obi-Wan.

— ¡Cogedlo! —gritó alguien—. ¡Os subirá a todos! ¡El mar está subiendo!

Qui-Gon agarró el cable y lo probó. Luego intercambió una mirada con Obi-Wan.

— *¿Deberíamos hacerlo?*, le preguntó Obi-Wan en silencio.

—*No tenemos elección*, le respondió Qui-Gon.

Obi-Wan asintió y fue el primero en agarrar el cable. Taroon le siguió. Después Qui-Gon. Ahora los tres colgaban de un cable y tenían que confiar en la persona que sujetaba el otro extremo.

El cable comenzó a recogerse lentamente, elevándoles con suavidad por la pared del acantilado hacia la cima. Obi-Wan se izó hasta el suelo, seguido por Taroon. Qui-Gon fue el último en llegar arriba y se puso en pie de inmediato.

Un indígena alto y fuerte estaba frente a ellos. Llevaba un collar y una pulsera de corales rosas. Les sonrió.

—Me alegro de que lo hayáis conseguido.

Taroon se quedó boquiabierto.

— ¡Leed!

Capítulo 8

Leed se abalanzó alegremente hacia su hermano y ambos se fundieron en un abrazo. — ¡Hermano! —gritó Leed.

— ¡Hermano! —respondió Taroon.

—Cómo me alegra que estés aquí —dijo Leed—, Ya casi eres tan alto como yo.

—Soy más alto —dijo Taroon sonriendo.

Dieron un paso atrás. Leed se volvió hacia los Jedi.

—Y vosotros tenéis que ser los Jedi, enviados para llevarme de vuelta a Rutan.

—Yo soy Qui-Gon Jinn y él es Obi-Wan Kenobi —dijo Qui-Gon—. Estamos aquí para asegurarnos de que permaneces en este planeta por voluntad propia, y que no estás siendo obligado o manipulado.

—Ya veis que no es ninguna de las dos cosas —dijo Leed.

—No he tenido tiempo de ver mucho todavía —respondió Qui-Gon en tono amable.

Leed se volvió hacia su hermano.

—Tengo que pedirte disculpas por Drenna. Su intención no era matarte, sino protegerme.

—Puede que su intención no fuera ésa, pero lo cierto es que casi me mata —dijo Taroon en tono amenazador—. ¡Podría haberme ahogado!

—Pero no ha sido así—dijo Leed—. Sal ya, Drenna. Ya ves que no van a hacerme daño.

Las hojas crujieron y Drenna emergió de las sombras verdes y azules de los frondosos árboles. Se había camuflado perfectamente en el claroscuro. Taroon se sorprendió al verla, pero Obi-Wan percibió por la expresión de Qui-Gon que éste había intuido su presencia.

Drenna se quedó apartada del grupo. Les miraba cautelosa, y era evidente que aún no estaba segura de que no fueran a llevarse a Leed.

Se volvió hacia los Jedi y Taroon.

— ¿Y bien? Ahora que habéis visto que Leed está aquí por su propia voluntad, podéis regresar a Rutan.

Qui-Gon se dirigió a Leed.

—Si de veras deseas quedarte en Senali, deberías ir a decírselo a tu padre.

Leed negó firmemente con la cabeza.

—Nada me hará volver. Él me obligará a quedarme. Me encarcelará.

— ¿Si te damos nuestra palabra de que no permitiremos que tu padre te obligue a quedarte, vendrás? —preguntó Qui-Gon.

—No es que no respete los inmensos poderes de los Jedi —dijo Leed despacio—. No quiero ofenderos. Pero mi padre cuenta con trucos y engaños que no conocéis. Hay cosas de las que no podéis protegerme.

— ¡Eso no es verdad! —protestó Taroön.

—Si eso es lo que sientes, tenemos un problema —dijo Qui-Gon a Leed, amable pero firme—. No volverás a Rutan. Y a nosotros nos va a resultar muy difícil irnos de Senali sin ti.

Leed miró a Qui-Gon fríamente. Ninguno de los dos se movió. La mirada de Obi-Wan iba de uno a otro. Vio en ambos una convicción inamovible. Qui-Gon era una presencia tan poderosa que era difícil imaginar lo que ocurriría si se le contrariaba.

Pero él, Obi-Wan, lo hizo una vez.

En Melida/Daan él se había enfrentado a la voluntad de Qui-Gon con la suya propia. Habían chocado y se habían separado. Obi-Wan creyó entonces de todo corazón que estaba haciendo lo correcto; pero llegó a darse cuenta de que le había cegado la lealtad a una causa que no era la suya.

¿Y qué pasaba con Leed? Había vivido en Senali casi toda su infancia. Allí se había convertido en un hombre. Obi-Wan no podía evitar simpatizar con los deseos de Leed. Era evidente que amaba a su hermano, pero estaba claro que su unión con su hermana adoptiva, Drenna, era igual de fuerte.

Con un abrupto cambio de humor que a Obi-Wan le recordó al padre de Leed, el chico rompió la tensión, encogiéndose de hombros y sonriendo amablemente.

—Está bien. Si vais a ser mis huéspedes, tendré que llevaros a mi hogar. Venid.

Leed les guió por un laberinto de senderos y después se internó en una marisma, moviéndose con facilidad entre las rocas apenas sumergidas y el suelo firme indetectable para el ojo inexperto. El aire era espeso y cerrado. Había criaturas de vivos colores zumbando y cantando sobre sus cabezas.

Finalmente, emergieron por encima de la costa, en un

acantilado similar al que habían dejado atrás. Pero aquí el mar estaba tranquilo en la curva de la orilla, que creaba un puerto natural. A lo lejos se veía una cadena de islas.

Bajaron hasta la playa, en la que Leed y Drenna apartaron unas pesadas ramas para descubrir un bote.

Navegaron por las apacibles aguas verdeazuladas, siguiendo la orilla hasta llegar a una laguna rodeada por un grupo de pequeñas islas. En un embarcadero flotante había una choza, construida con troncos y hojas trenzadas. Leed amarró la barca y el grupo desembarcó.

—El clan Nali-Erun vive en aquella isla —dijo Leed, señalando a una isla de exuberante vegetación a unos kilómetros de distancia—. Ellos velan por mi

seguridad.

—Todos los senalitas se cuidan unos a otros —dijo Drenna.

— ¿Por qué te escondes en un área tan remota, Leed? —preguntó Qui-Gon—. ¿Tienes miedo de que tu padre pueda llegar tan lejos?

Leed asintió mientras se agachaba para desenredar una cuerda de pescar.

—He hablado con mi padre muchas veces. Nos comunicábamos periódicamente, igual que con Taroon. Pero cuando le conté mi decisión dejó de hablarme. Se negó a escucharme. Dijo que Meenon me había influido. Si tanto le duele oír el deseo más profundo de mi corazón, ¿por qué debería seguir intentando hablar con él?

Qui-Gon se sentó en el embarcadero, junto a Leed, para poder mirarle a los ojos, y comenzó a ayudarlo a desenredar la madeja.

—Porque es tu padre —dijo—. Y tiene miedo de haber perdido a su hijo.

Las manos de Leed se quedaron quietas.

—Sigo siendo su hijo —dijo con firmeza—. Y si no fuera tan cabezota, estaríamos en contacto permanente. Podría ir a Rutan de visita de vez en cuando y él podría venir aquí; pero desde la guerra nadie viaja entre los dos planetas. Me gustaría cambiar eso.

Qui-Gon asintió.

—Sería un buen cambio. Es una de las cosas que podrías hacer como gobernante de Rutan. Tendrías poder para cambiar muchas cosas. ¿Por qué no quieres ayudar a tu mundo, a tu pueblo?

Leed miró a lo lejos sobre la laguna.

—Porque no siento que Rutan sea mi mundo. No siento que su pueblo sea el mío. Es difícil de explicar, pero aquí me encontré a mí mismo. Bajo este sol me siento como en casa. Y si Rutan ya no es mi hogar, no tengo derecho a gobernarlo. Senali está en mi sangre y en mis huesos. Es algo que no puedo evitar. Ni siquiera cuando era pequeño me sentí parte de Rutan. Me daba miedo dejar a mi familia y venir aquí, pero en cuanto salí de la nave me sentí como en casa —miró a Drenna—. Aquí me he encontrado a mí mismo —dijo.

Obi-Wan vio que a Taroon le ofendían las palabras de Leed. Cuando su hermano compartió una sonrisa cómplice con Drenna, el rostro de Taroon se tensó de rabia.

Se suponía que los Jedi tenían que permanecer imparciales, pero Obi-Wan sintió que las palabras de Leed le llegaban al corazón. Esta vez, sin embargo, en lugar de conectarlas con lo que había sentido en Melida/Daan, las relacionó con el Templo. Él no había nacido allí. Los Maestros Jedi no eran sus padres, pero era su hogar, y lo sabía desde lo más profundo de su corazón. Pensó que Leed se sentiría igual.

—Comprendo todo lo que dices —dijo Qui-Gon—. Y te pregunto esto: ¿crees

que merece la pena que dos planetas entren en guerra porque tú hayas decidido actuar de acuerdo a tus deseos? ¿Tus deseos individuales son tan importantes?

Leed tiró a un lado el sedal con rabia.

—Yo no voy a provocar una guerra. Es mi padre el que lo hace.

—Lo hace por ti —le dijo Qui-Gon.

— ¡Lo hace por él! —protestó Leed.

Taroon se había estado conteniendo, pero entonces dio un paso adelante.

—No te comprendo, hermano —dijo—. ¿Qué es lo que vale tanto para ti? ¿Un mundo de extraños? ¿Cómo puedes arriesgar la paz de tu planeta natal sólo por tus deseos personales?

—No lo entiendes —dijo Leed, negando con la cabeza.

— ¡No, claro que no! —gritó enfadado Taroon—. No entiendo ese deseo tan profundo de tu corazón. ¿Acaso es más importante para ti vivir entre primitivos que ejercer tu derecho como primogénito?

— ¿Primitivos? —exclamó Drenna—. ¡Cómo te atreves a llamarnos eso!

Taroon se volvió hacia ella.

— ¿Dónde están vuestras grandes ciudades? —preguntó—. Un puñado de chabolas flotando en el mar. ¿Dónde está vuestra cultura, vuestro arte, el comercio y la riqueza? En Rutan tenemos centros educativos. Desarrollamos nuevos medicamentos y tecnologías. Exploramos la galaxia...

—Nuestra riqueza está en nuestra tierra, en nuestros mares y en nuestra gente —dijo Drenna, enfrentándose a él—. Nuestra cultura y nuestro arte forman parte de nuestras vidas cotidianas. Llevas medio día en Senali. ¿Cómo te atreves a juzgarnos?

—Conozco vuestro mundo —dijo Taroon—. La poca cultura que tenéis la trajeron los rutanianos.

—Lo que yo sé es que trajisteis vuestro gusto por los deportes sangrientos y vuestra arrogancia —replicó Drenna—. Nos libramos de todo eso cuando nos libramos de vosotros. Si matamos a una criatura, la matamos para alimentarnos. No la matamos por diversión ni para vender su piel. ¡Y vosotros nos llamáis primitivos!

—No creo que ayude en nada discutir las diferencias entre Rutan y Senali cuando... —comenzó a decir Qui-Gon, pero Drenna le interrumpió furiosa.

—Sólo un tonto discute con un ignorante —dijo ella orgullosa—. ¡Yo no discuto! Digo la verdad.

—Hablas con tu propia arrogancia —exclamó Taroon—. ¡No conoces Rutan más de lo que yo conozco Senali! Sólo tienes prejuicios y desprecio.

—Has venido para humillarnos —dijo Drenna con desdén—. Me di cuenta enseguida. ¿Por qué piensas que tu hermano debería escucharte cuando tu

opinión está condicionada por tus propios prejuicios?

— ¡Porque soy su familia! —rugió Taroon.

— ¡Y yo también! —replicó Drenna.

—Tú no eres su familia —gritó Taroon—. Sólo fuisteis sus cuidadores. ¡Nosotros somos su sangre!

—No, Taroon —Leed se interpuso entre ambos—. Drenna es tan hermana mía como tú. Y tiene razón. Esto es lo que dejé en Rutan —continuó, elevando la voz hasta que alcanzó el volumen de Drenna y Taroon—. Esta actitud de superioridad con respecto a los senalitas. No conocéis Senali, ni deseáis hacerlo. ¿De veras quieres llevar la vida de nuestro padre, que vive sólo para cazar animales y celebrar banquetes hasta la extenuación? ¿Quieres que el objetivo de tu vida sea juntar cada vez más riquezas, sólo por el hecho de tenerlas?

— ¿Es eso lo que piensas de nosotros? —inquirió Taroon—. ¡Ahora ya sé que te han lavado el cerebro! Rutan es mucho más que eso, y también lo es nuestro padre.

—He hablado con dureza —dijo Leed, intentando controlar su voz—. Lo siento. Sí, hay cosas buenas en Rutan. Pero no son cosas que me interesen.

Taroon agarró el brazo de su hermano.

—Leed, ¿por qué ibas a querer vivir así?

Leed se soltó bruscamente.

Drenna se dirigió a Leed.

— ¿Lo ves? Ya te hablé del desprecio que nos tienen los rutanianos. Incluido tu hermano. No quisiste creerme. Ahora te darás cuenta de que no puedes volver.

—No —dijo Leed—. No puedo volver.

—No puedes enfrentarte a nuestro padre porque sabes que no tienes razón —dijo Taroon—. Le tienes miedo.

—No le tengo miedo —replicó Leed enfadado—. No me fío de él, que no es lo mismo. No quiero estar bajo su influencia. Me alegro de que me criaran otros, sin estar expuesto a todos sus defectos. Sabes que desde que murió nuestra madre no ha habido nadie para controlarle. No es un mal hombre, Taroon, es sólo un mal padre.

El rostro de Taroon estaba tenso.

—Y yo me he criado junto a él y he heredado todas sus malas características, mientras que tú te has llevado lo bueno, ¿no?

Leed respiró hondo.

—No estoy diciendo eso —se pasó las manos por el pelo con frustración—. No voy a volver, Taroon.

—Está bien —dijo Taroon, y su fría rabia comenzó a arder—. Ahora me doy

cuenta de lo equivocado que estaba al intentar convencerte. Porque aunque cambiaras de idea, yo no me quedaría aquí en tu lugar.

Qui-Gon intercambió una mirada indefensa con Obi-Wan. Habían ido a Senali con la esperanza de que unas palabras suaves sirvieran para convencerlo. Qui-Gon pensó que de hermano a hermano, el evidente afecto que había entre Leed y Taroan les llevaría a un terreno común.

Pero, en lugar de eso, los dos hermanos se habían alejado más que nunca. Y los dos mundos estaban ahora más cerca de la guerra.

Capítulo 9

La noche cayó rápidamente sobre Senali, y aparecieron las cuatro lunas y las estrellas. Leed desenrolló las camas en silencio para ellos y les colocó delante un sencillo plato de comida a cada uno. Nadie habló. Qui-Gon pensó que era mejor que las tensiones se relajaran. Había aprendido por experiencia que todas las culturas de todos los planetas tenían algo en común: hasta las crisis más extremas se veían mejor por la mañana.

Se tumbó en su jergón junto a Obi-Wan.

— ¿Tú qué piensas, padawan? —preguntó en voz baja—. ¿Leed tiene razón o no?

—No soy quién para decirlo —respondió Obi-Wan tras un breve silencio—. Debo permanecer neutral.

—Pero te estoy preguntando lo que opinas —dijo Qui-Gon—. Puedes albergar sentimientos. Aunque debes evitar que afecten a tu comportamiento.

Obi-Wan dudó de nuevo.

—Creo que la felicidad personal es menos importante que las obligaciones.

Qui-Gon frunció el ceño. Su padawan había evitado la pregunta. No había mentido, pero tampoco había dicho la verdad. Pero Qui-Gon no iba a recriminárselo. La evasión la provocaban los buenos deseos. De alguna manera, Obi-Wan pensaba que decirle a Qui-Gon la verdad no era lo más adecuado. Qui-Gon dejaría la pregunta en el aire. No insistiría más. Estaba aprendiendo a ser Maestro tanto como Obi-Wan estaba aprendiendo a ser padawan.

Aprender a no enseñar debes, le había dicho Yoda. En la misma medida en la que seas guiado guiar debes.

Se quedaron dormidos mientras las olas rozaban suavemente el embarcadero. El sol salió, y los trinos de los pájaros y los chapoteos de los peces en el mar les despertó.

—Lo siento, pero no me queda comida —les dijo Leed. Estaba más amable que la noche anterior. Qui-Gon pensó que era una buena señal y le reafirmó en su decisión de no insistir aquel día. Se quedaría en un segundo plano y esperaría que Leed y Taroon se encontraran el uno al otro.

Drenna llevaba despierta un tiempo. Había desenredado un sedal y había alineado unos arpones cortos para ellos.

—En Senali nos enseñan desde muy pequeños a responsabilizarnos de nuestra propia alimentación —les dijo ella—. Si queréis comer, tendréis que pescar.

—Yo no tengo hambre —dijo Taroon con brusquedad.

Drenna le miró fijamente.

—Eso no es cierto —dijo ella—. Tienes hambre. Y tienes miedo.

Taroon se encolerizó, y Qui-Gon se preparó para otra discusión. Pero decidió

que esta vez no permitiría que fuera tan lejos. Un día de armonía les vendría a todos muy bien.

Pero antes de que Taroon pudiera hablar, Drenna añadió en tono amable:

—Es normal tenerle miedo al agua cuando no se sabe nadar, pero yo te enseñaré. Los senalitas y los rutanianos son de la misma especie. Si nosotros podemos ser excelentes nadadores, vosotros también.

Taroon dudó.

—Claro que... —dijo Drenna, encogiéndose de hombros— igual tienes un problema. No puedes enviar a los androides rastreadores a perseguir a los peces. Y si les disparas con una pistola láser, te quedas sin desayuno.

Le dedicó una sonrisa picara a Taroon. Qui-Gon se dio cuenta de que Drenna estaba retándole.

—Yo puedo aprender solo —dijo Taroon.

—No, no puedes. No te preocupes —dijo Drenna en voz baja—. No me reiré de ti. Yo también tuve que aprender en su momento.

Taroon se levantó rígido y cogió un poco de sedal y un arpón.

—Está bien. Vamos.

Dando un alarido de alegría, Leed saltó al agua. Qui-Gon y Obi-Wan se lanzaron a las cálidas y transparentes aguas tras él. Drenna se fue con Taroon en la barca cerca de la orilla para darle sus primeras lecciones de natación.

Qui-Gon y Obi-Wan se pusieron los respiradores mientras Leed se mantenía a flote.

—La principal fuente de alimento para muchos senalitas es el pez de las rocas —explicó—. Tiene espinas por todo el cuerpo y tres grandes pinzas. Si coges sólo una, el animal puede seguir viviendo y desarrolla una nueva. Se pincha al pez por la cola, ya que ahí no tiene terminaciones nerviosas. Después se agarra la pinza y se retuerce con fuerza. Tened cuidado, podéis perder los dedos. Si queréis, podéis verme a mí primero cogiendo una pinza.

—Eso me parece buena idea —dijo Qui-Gon.

Se sumergieron en lo profundo de la laguna, donde el agua estaba más fría y era más clara. Qui-Gon y Obi-Wan siguieron a Leed cuando atrapó con facilidad a un pez de las rocas, y luego a otro, agarrando una pinza y girándola para arrancarla, para luego depositarla en la bolsa que llevaba en la cintura. Obi-Wan y Qui-Gon atraparon también sus peces de las rocas y muy pronto sus bolsas estaban llenas de las carnosas pinzas.

Ya estaban a punto de volver cuando vieron a Taroon y a Drenna nadando a poca distancia. Taroon se deslizaba por el agua. Drenna le había enseñado bien. Las largas extremidades de Taroon se coordinaban con suaves brazadas y potentes patadas. No parecía tan patoso como fuera del agua. Atrapó un pez de las rocas tras otro. Drenna nadaba junto a él, señalando los peces y atrapando

algunos con sus disparos certeros y su perfecta puntería.

Cuando subieron a la superficie, Taroon sonrió, mostrando su bolsa llena. Qui-Gon se dio cuenta de que nunca había visto a Taroon sonreír.

—Está muy bien para ser la primera vez —dijo Drenna—. Aprendes rápido.

—Tú me has ayudado —admitió él.

—Yo tardé semanas en aprender a nadar así de bien —dijo Leed a su hermano con admiración.

Taroon volvió la cabeza para escudriñar la playa. Qui-Gon vio que estaba intentando disimular la ilusión que le había provocado el cumplido de Leed.

—Bueno, es mejor que ahogarse —dijo él entre dientes.

Nadaron hasta la orilla de la laguna, donde Leed y Drenna estaban haciendo una hoguera. Asaron las pinzas y las abrieron, aliñándolas con el jugo de unos cítricos que Leed y Drenna habían recogido.

Fue una comida deliciosa. Comieron hasta hartarse y vieron que les sobraba más de la mitad.

—Podemos llevárselo al clan Nali-Erun —dijo.

Fueron remando hasta la isla cercana. El clan había construido sus viviendas en el centro de la isla, bajo la fresca sombra de los árboles. Las estructuras eran diferentes a las de la ciudad principal. En la isla estaban construidas con hojas y cañas, tenían un aspecto endeble y algunas parecían a punto de caer. Cuando Leed mostró los pescados que había llevado, los niños corrieron hacia él hambrientos.

— ¿Por qué tienen hambre? —preguntó Obi-Wan.

—No pueden pescar en la laguna —les explicó Leed en voz baja—. El clan Homd-Resa controla esta zona. Estos dos clanes han tenido sus diferencias hace poco. Los Homd-Resa arrasaron la isla y destruyeron casi todas sus casas. Los Nali-Erun tuvieron que volver a construirlas rápidamente. Aún no se han recuperado y llevan meses viviendo de los frutos, los cereales y el pescado que podían conseguir comerciando.

Taroon arqueó una ceja mirando a Drenna.

— ¿Todos los senalitas se cuidan unos a otros?

Drenna parecía incómoda.

—Es normal que algunos clanes tengan enfrentamientos. Nunca dije que Senali fuera el planeta perfecto.

— ¿Y por qué no interviene Meenon? —preguntó Obi-Wan.

—Porque los clanes son independientes —explicó Drenna—. Meenon es más un símbolo para nosotros que un gobernante real.

El clan Nali-Erun repartió alegremente el pescado y le ofreció un poco al grupo.

Leed rehusó, pero aceptó una bolsa de pashie, la fruta dulce que crecía en abundancia en los árboles de los Nali-Erun.

Drenna también dio al jefe del clan una bolsa de conchas que había recogido del suelo marino. Los miembros del clan alzaron las conchas y las admiraron. Uno de los miembros comenzó a unir las más bellas con un cordel para confeccionar un collar.

Una vez terminado, se lo entregó a Drenna. Ella lo cogió sonriendo y después dudó.

Su sonrisa se tornó picara, y se volvió hacia Taroon para ponerle el collar.

—Ahora eres un auténtico senalita —le dijo, alzando la cabeza y sonriéndole.

Taroon se quedó sorprendido. Se tocó el collar y miró a Leed.

—Sigo siendo rutaniano —dijo—, pero estoy aprendiendo.

Capturaron unos pequeños peces plateados para la cena y Leed preparó un guiso delicioso. Taroon lo puso en los cuencos. Qui-Gon contempló a los dos hermanos pasándose los cuencos el uno al otro. Su relación era más suave. Las cuatro lunas, altas y llenas, se alzaron en el cielo labrando cuatro caminos de plata en el mar oscuro.

El grupo se sentó bajo el firmamento. Qui-Gon permaneció en silencio. Percibía que algo estaba creciendo en Taroon, un nuevo sentimiento que el joven luchaba por articular. Deseó que Taroon encontrara valor para hablar. El siguiente día era el tercero. Y Qui-Gon tendría que ponerse en contacto con el rey Frane.

—Creo que ya deberíamos irnos a dormir —dijo Leed finalmente—. Gracias, Qui-Gon, por permitirnos pasar este día sin intentar convencerme para que me vaya.

—Ha sido un buen día —dijo Taroon inseguro—. Y he tomado una decisión. No me opondré a tu deseo de permanecer aquí, hermano. Ahora entiendo lo que te mueve a quedarte. Esta mañana hablé con precipitación —se volvió hacia los Jedi—. Es un defecto que tengo. Disculpad mi rudeza vosotros también —sonrió con picardía—. Tienes razón, Qui-Gon. He heredado el temperamento de mi padre.

—Gracias, hermano —dijo Leed despacio—. Has abierto tu mente y tu corazón. Yo haré lo mismo. Volveré a Rutan y me enfrentaré a nuestro padre.

—Y yo ocuparé tu lugar aquí hasta que regreses —dijo Taroon.

—Obi-Wan y yo garantizaremos tu seguridad —prometió Qui-Gon a Leed—. Serás libre de regresar si lo deseas.

Los dos hermanos se agarraron los antebrazos en un gesto de afecto.

—Que esto no nos separe —dijo Taroon.

Aquello era exactamente lo que Qui-Gon deseaba, pero la tristeza estaba en el aire. Leed había dado el paso de alejarse de su familia y Taroon había reconocido

su derecho a hacerlo. Estaba claro que ambos hermanos estaban destrozados.

Se dieron las buenas noches. Obi-Wan desenrolló su lecho junto al de Qui-Gon.

— ¿Sabías que iba a pasar esto? —susurró—. ¿Por eso no has presionado hoy a Leed?

—Esperaba que el día trajera la reconciliación —respondió Qui-Gon—. Cuando esta mañana Drenna se ofreció para enseñar a Taroon a nadar fue una buena señal. Estoy seguro de que Leed le dijo que fuera amable con su hermano.

—Pero Leed estaba muy enfadado anoche —dijo

Obi-Wan—. Y Drenna también. ¿Por qué iban a cambiar de opinión y ser amables con Taroon?

—Porque es el hermano de Leed —respondió Qui-Gon—. Por encima de todo están unidos. Drenna es fiel a Leed, así que lo normal es que le ayude si él se lo pide.

—No lo entiendo —dijo Obi-Wan—. Todos estaban enfadados y ahora todo está resuelto. ¿De verdad puede ser todo tan fácil?

—Todavía no hemos vuelto a Rutan. Ya veremos.

Qui-Gon se estiró en el pequeño embarcadero y miró al cielo. Sabía que la misión no había terminado. No debía sentir que ya estaba solucionado, pero le gustaba el modo en que los hermanos habían controlado sus sentimientos pasajeros.

A no ser que hubiera sido demasiado fácil, como había dicho Obi-Wan.

El cielo se curvaba sobre su cabeza brillante de lunas plateadas y constelaciones estelares. La atmósfera de Senali daba al cielo nocturno un color único, entre azul marino y morado. Era en esos momentos de belleza silenciosa cuando Qui-Gon sentía que la Fuerza vibraba con toda claridad, desde la llameante energía de las estrellas hasta el suave chapoteo de los peces saltando.

—Las cosas no suelen arreglarse tan fácilmente —dijo en voz baja a Obi-Wan—. Esperemos que así sea. Ser un Jedi significa que honramos las conexiones.

Obi-Wan asintió, bostezando. Había sido un día largo. Los ojos se le fueron cerrando. El suave movimiento del embarcadero le ayudó a dormirse enseguida. Qui-Gon sintió que se sumía en el sueño con la facilidad con la que se había sumergido en la cálida laguna.

El Maestro Jedi se despertó sobresaltado, pero enseguida se serenó, alerta al siguiente sonido. Sólo oía silencio, pero permaneció de pie, con la mano en el sable láser.

Obi-Wan abrió los ojos rápidamente y se puso en pie de un silencioso salto. Algo iba mal.

Los sonidos más leves le alertaban, incluso el suave oscilar del agua. Qui-Gon

se fue rápidamente al otro extremo de la plataforma flotante.

Un grupo de senalitas se alejaban remando velozmente, con la piel pintada enteramente de blanco. Leed, atado y amordazado, yacía en el fondo de la barca.

Qui-Gon buscó el bote de Leed, que debería haber estado amarrado al muelle. No le sorprendió comprobar que ya no estaba. Lo más probable era que lo hubieran hundido.

Estaban demasiado lejos para nadar hasta ellos.

Habían secuestrado a Leed delante de sus narices, justo cuando Qui-Gon soñaba con una galaxia estelar bondadosa y pacífica.

Capítulo 10

¡Tú estás detrás de esto! —gritó Taroon a Drenna—. ¡Has sido tú! ¡Quieres hacerme creer que está secuestrado, pero tú le estás escondiendo!

— ¡Ha sido tu padre, idiota! —le replicó Drenna—. ¡Tú fingiste estar de acuerdo con la decisión de Leed!

—Eso no tiene ningún sentido —dijo Taroon con rencor—. Leed iba a volver a Rutan. ¿Por qué le iba a secuestrar mi padre?

—Porque era demasiado tarde para cambiar de planes. ¡Y yo qué sé! Sólo sé que se han llevado a Leed —Drenna se sentó en el suelo. No lloró, pero se frotó los brazos de arriba a abajo con las manos—. Mi hermano no está.

¿Era sincera la reacción de Drenna? Obi-Wan miró a Qui-Gon para ver qué pensaba y se dio cuenta de que en aquella misión estaba perdido en varios sentidos. No estaba seguro de los sentimientos de nadie. No estaba seguro de que alguien estuviera diciendo la verdad. Pero le apenaba ver que la tregua entre Drenna y Taroon hubiera terminado. Ahora se odiaban más que nunca.

Qui-Gon se agachó junto a Drenna.

—Le secuestraron unos senalitas, Drenna —dijo suavemente—. No van a hacerle daño.

— ¿Cómo puedes estar seguro? —susurró—. ¿Qué pasa si los rutanianos se lo llevan de vuelta a su planeta? ¿Qué pasa si lo encarcelan?

—No tengo nada claro —admitió Qui-Gon—, pero creo que Leed está a salvo de momento. La pregunta es ¿por qué le secuestrarían los senalitas?

—No lo sé —dijo Drenna, negando con la cabeza—. La decisión de Leed ha dividido a gran parte de los senalitas. La mayoría piensa que debería quedarse, si ése es su deseo; pero hay algunos que no quieren que un rutaniano se establezca permanentemente en el planeta.

—Debemos hablar con mi padre de inmediato —insistió Taroon—. Tiene que saber que se han llevado a Leed.

—Sí, tiene que saberlo —admitió Qui-Gon—, pero sería mejor esperar. Si investigamos podríamos obtener alguna pista. Así, cuando le demos la noticia, podremos darle también alguna esperanza.

Taroon ya estaba negando con la cabeza.

—Ha de saberlo ahora.

— ¡Pero podría declarar la guerra! —gritó Drenna.

—Ése es el riesgo que corrieron los senalitas cuando se lo llevaron —respondió Taroon—. ¡Fue una estupidez fiarme de vosotros! —miró a Drenna con amargura.

—Y fue una estupidez pensar que tenías corazón —replicó ella con el mismo desdén.

Taroon se marchó airado. Qui-Gon se volvió hacia Obi-Wan con un suspiro.

—No tenemos elección —dijo en voz baja—. Hemos de ponernos en contacto con el rey Frane de inmediato. Si no lo hacemos lo hará Taroon, y el Rey dejará de confiar en nosotros.

Activó su holocom y contactó con el monarca de inmediato. La imagen del Rey brillaba en la noche oscura como una azulada presencia fantasmagórica. Qui-Gon le resumió lo que había ocurrido.

— ¿Quién se lo ha llevado? —rugió el rey Frane.

—Todavía no lo sabemos —respondió Qui-Gon—, pero lo averiguaremos. Os garantizo que no dormiremos hasta que encontremos a vuestro hijo.

— ¡Creo que ya habéis dormido bastante! —tronó el rey Frane—. ¡Mientras vosotros dormíais se lo llevaron delante de vuestras narices! ¿Cómo habéis podido dejar que pasara esto? ¡Sois Jedi!

A Obi-Wan le parecía admirable la forma en que Qui-Gon encajaba los insultos.

—Los Jedi no son infalibles, rey Frane —dijo su Maestro firmemente—. Somos seres vivos, no máquinas. Yo encontraré a vuestro hijo.

—Más te vale —respondió el rey Frane—. ¿Dónde está Taroon?

Taroon volvió a surgir de la oscuridad.

—Aquí, padre.

—Ven a Rutan de inmediato —le ordenó el rey Frane—. No quiero que te tomen como prisionero de guerra.

— ¿Guerra? —preguntó Qui-Gon.

El rey Frane tenía un aspecto sombrío.

— ¡Si no encontráis a mi hijo en doce horas, mi ejército invadirá Senali y le encontraremos nosotros mismos!

Capítulo 11

Taroon hizo el equipaje de forma apresurada, cogiendo sus cosas y metiéndolas desordenadamente.

—Necesitarás un guía —dijo Qui-Gon—. Quizá Drenna te lleve de vuelta.

—Yo no necesito que me guíen —dijo Taroon enfadado—. Hará que me pierda y me dejará morir, sin duda.

Drenna clavó su fría mirada plateada en los ojos de Taroon.

—No seas tonto. Si vas solo, te perderás. Si esperas al amanecer, los Nali-Erun te llevarán a la carretera principal.

—Eso es más tiempo del que deseo quedarme en este sucio planeta —dijo Taroon—. Cada minuto que paso aquí es una tortura.

Drenna se encogió de hombros.

—Entonces nada hasta la orilla y ábrete paso por el pantano. Ahógate o piérdete. A mí me da igual.

Él la miró con odio, pero ella le ignoró. Finalmente, Taroon salió al exterior. Se sentó en el muelle, lejos de ellos, mirando al horizonte en el punto por el que el sol aparecería pronto.

Qui-Gon se acercó a Obi-Wan.

—Hemos de contactar con Meenon y decirle que el rey Frane amenaza con invadir Senali.

Obi-Wan asintió.

—Espero que no te insulte como lo hizo el rey Frane.

La mirada azul de Qui-Gon era transparente.

—El rey Frane enmascara su miedo con improperios; pero lo que ha dicho es cierto, padawan. Yo debería haber estado más alerta. No pensé que fuera necesario permanecer despiertos o dormir por turnos. No percibí nada de aprensión o de peligro.

—Yo tampoco —admitió Obi-Wan—. Ambos estábamos equivocados.

—Entonces hemos de aceptar las consecuencias —dijo Qui-Gon—. Y ahora, enfrentémonos a Meenon.

Qui-Gon activó el holocom. Supuso que tendrían que despertar a Meenon, pero el líder de Senali apareció de inmediato.

—No tenéis que ponerme al día —dijo él apesadumbrado—. El rey Frane ha amenazado con invadirnos. Tenéis que tener presente que si esto ocurre, será una catástrofe para el planeta Rutan. Los senalitas no permitirán que les aplaste el yugo de las fuerzas rutanianas. Todos los senalitas lucharán, como lo hicimos en la gran guerra. Y volveremos a triunfar.

Las duras palabras de Meenon estaban ahogadas en ira. La imagen oscilante

era débil, pero transmitía todos los matices de su expresión.

—Se perdieron muchas vidas en esa guerra —dijo Qui-Gon—. Dejó atrás un planeta devastado. A Senali le llevó varias generaciones recuperarse.

— ¡Pero luchará de nuevo! —gritó Meenon—. ¡No permitiremos que se produzca una invasión!

—Creo que la calma es tan necesaria como difícil de encontrar —dijo Qui-Gon—. Ni Senali ni Rutan quieren entrar en guerra...

Meenon alzó la mano.

—Silencio. No lo entiendes. El rey Frane ha encarcelado a mi hija, Yaana. Mi amada hija, que confié a su cuidado. La ha arrojado a una sucia mazmorra llena de criminales. Pagaré por ello.

Aquello sí que era una mala noticia. Qui-Gon se lo temía. Cada paso que daba el rey Frane colocaba a su planeta más cerca de la guerra, pero a él no parecía importarle.

—Yo no quiero una guerra, es cierto —continuó Meenon—, pero un gobernante sería un inepto si no estuviera preparado para la batalla. Mis tropas se están movilizando. Haremos frente a su ofensiva con nuestra propia fuerza. No esperaremos a que nos invadan. ¡Nosotros les invadiremos primero!

—Yo respeto tu ira y tu sufrimiento —dijo Qui-Gon con cautela—, pero, si se pudiera hacer algo para liberar a tu hija e impedir la guerra, ¿lo harías? Y, si procedes a la invasión, ¿cómo sabes que el rey Frane no mandará ejecutar a tu hija?

Meenon dudó.

—Yo no soy un salvaje sediento de sangre como el rey Frane —dijo finalmente—. Por supuesto que me gustaría impedir la guerra. No quiero ver morir a los hijos y las hijas de Senali.

—Entonces déjanos encontrar a Leed y a Yaana —le apremió Qui-Gon—. Danos doce horas y ayúdanos. Dinos si hay alguna facción, algún clan en Senali capaz de hacer esto. Les vimos a la luz de la luna. Tenían la piel pintada con arcilla blanca y llevaban coronas de coral blanco...

—Los Espectros... —interrumpió Meenon—. No puedo asegurarlo, pero podría ser. Se consideran un clan, pero no tiene lazos de sangre. No sabemos a ciencia cierta quiénes son. Hace poco que han aparecido. Causan conflictos entre los clanes. Están en contra del intercambio de los hijos de los monarcas y de cualquier otro tipo de contacto con Rutan. No sé qué podrían ganar con ello, pero es probable que a Leed se lo hayan llevado los Espectros.

— ¿Sabes dónde están? —preguntó Qui-Gon.

Meenon negó con la cabeza.

—Son nómadas. No tienen un único campamento. Necesitaréis un buen rastreador, alguien que pueda seguir pistas incluso en el agua.

—Encuétranos uno inmediatamente y envíanoslo —le apremió Qui-Gon.

—Pero si tenéis al mejor con vosotros —dijo Meenon—. Drenna.

Meenon apagó la transmisión. Qui-Gon se volvió para buscar a Drenna. Taroon estaba sentado lo más lejos posible de ellos.

El resto del embarcadero estaba desierto. Drenna se había ido.

— ¿Adónde ha ido? —jadeó Obi-Wan. No la había oído en absoluto.

Taroon vio a los Jedi buscando por el embarcadero. Se levantó y se acercó a ellos rápidamente.

— ¿Me creéis ahora? —preguntó—. Ella desapareció cuando vosotros estabais ocupados y yo estaba de espaldas. Ella está detrás del secuestro de Leed. ¡Ha ido a encontrarse con él!

Qui-Gon escudriñó la oscura laguna. El cielo morado oscuro estaba aclarándose. En el horizonte se dibujaba una fina línea de luz que indicaba la inminente salida del sol. Podía oler la mañana.

A lo lejos, en la laguna, percibió una pequeña onda. Podría haber sido un pez, pero él sabía que no lo era. Drenna estaba nadando, a punto de llegar al otro extremo de la laguna para salir a mar abierto.

Taroon siguió la mirada de Qui-Gon.

— ¡A por ella!

La brazada firme de Drenna se frenó. Se sumergió bajo la superficie. Cuando volvió a aparecer, cambió de dirección ligeramente.

—Ha ido a buscar a Leed, cierto —dijo Qui-Gon—, pero no porque sea una de ellos. Está siguiendo su rastro —se giró hacia Obi-Wan—. Ponte el respirador. Tenemos que alcanzarla.

—Yo voy con vosotros —dijo Taroon.

—No. No podrías seguir nuestro ritmo, Taroon. Y tu padre quiere que regreses a Rutan —Qui-Gon le puso la mano a Taroon en el hombro—. Sé que ansias encontrar a tu hermano, pero tienes que confiar en nosotros. Vuelve a Rutan. No empeores el humor de tu padre. Los dos planetas están muy cerca de la guerra. Te traeremos a Leed sano y salvo.

Taroon asintió reacio. Vio a Qui-Gon y a Obi-Wan poniéndose los dispositivos de respiración y sumergiéndose en el agua.

El agua estaba muy fría, pero la natación les calentó los músculos. De vez en cuando, Qui-Gon subía a la superficie para no perder de vista a Drenna. Se movía a un ritmo irregular, nadando deprisa, buceando y cambiando de dirección de vez en cuando. Cada pocos metros se sumergía de nuevo.

Finalmente la alcanzaron. Estaba bajo el agua, nadando lentamente por el fondo de la laguna. Cuando les vio, señaló hacia arriba y subió a la superficie.

Qui-Gon y Obi-Wan la siguieron. El sol ya se veía en el horizonte y teñía la

laguna de un pálido resplandor rosáceo.

— ¿Cómo los estás siguiendo? —preguntó Qui-Gon—. ¿Podemos ayudar?

—Los peces de las rocas —dijo ella—. Cuando un barco circula por la superficie bloquea la luz. Los peces de las rocas son muy tímidos y se entierran en la arena un rato cuando pasan las embarcaciones. Por eso sólo se pueden cazar a nado. Es una suerte que la noche haya sido tan luminosa. Estoy siguiendo los montículos. Son difíciles de ver si uno no sabe dónde mirar. Vosotros seguidme.

Volvieron a sumergirse. Drenna recorría el fondo, moviendo la cabeza de un lado a otro para escudriñar el suelo arenoso. De vez en cuando, subía a por aire y señalaba en otra dirección. Obi-Wan no tenía ni idea de lo que impulsaba sus movimientos. Él apenas veía los montículos de arena. ¿Estaría Drenna guiándoles a la deriva mientras los secuestradores se escapaban?

Llevaban mucho tiempo ocupándose de misiones en las que no sabía de quién fiarse. Qui-Gon parecía tener el don de ver más allá de apariencias, sentimientos y motivaciones que a Obi-Wan se le escapaban. Qui-Gon no parecía equivocarse nunca. Únicamente con su anterior aprendiz, Xánatos, se había confiado demasiado y había acabado mal. Ahora Xánatos estaba muerto. Obi-Wan pensaba que un error de esa magnitud era suficiente para una vida. Si observaba y aprendía de Qui-Gon, quizá pudiera evitar errores como ése en el futuro. Sus experiencias pasadas ya le habían hecho más cauteloso de lo que fue como estudiante. Estaba seguro de que, como resultado, ahora era mejor padawan.

Drenna se movía entre las islitas. Algunas veces tenía que volver sobre el rastro, pero Obi-Wan veía que progresaban de manera uniforme. Él se estaba cansando, pero sabía que tenía reservas de energía que aún no había utilizado.

Finalmente, les indicó por gestos que subieran a la superficie con ella. A poca distancia había una pequeña isla. La joven la señaló con la barbilla.

—Creo que están en esa isla —susurró ella—. Arrastraron el bote hasta esa playa. Intentaron borrar las huellas, pero veo por la superficie de la arena que la han barrido con ramas. Creo que deberíamos dar un rodeo y entrar en tierra.

Qui-Gon contempló la isla.

—Lo más probable es que estén en el centro, escondidos entre los árboles.

Drenna asintió.

—Si tenemos suerte, no habrán apostado vigías. Es probable que crean que están a salvo. Este archipiélago está deshabitado. No hay clanes en kilómetros a la redonda.

—Tendremos que arriesgarnos y entrar en la isla —admitió Qui-Gon—. No salgas a la superficie hasta que estemos muy cerca de la orilla. Nosotros te seguiremos.

Respirando profundamente, Drenna desapareció en silencio bajo el agua.

Obi-Wan siguió a Drenna con un nuevo impulso de energía. Ya estaban cerca. Si conseguían rescatar a Leed y llevarlo de vuelta a Rutan, la guerra podría

impedirse.

Subieron sigilosos a la superficie y llegaron a la orilla. Después corrieron rápidamente para atravesar la playa descubierta y se ocultaron entre las ramas de los árboles.

—Es una isla pequeña —dijo Qui-Gon tranquilamente—. No tendremos que buscar mucho para encontrarlos.

Los Jedi aprendían muy pronto en el Templo a moverse sin hacer ruido alguno, pero los senalitas eran igual de expertos en esa técnica. Los tres se movieron sin quebrar una hoja. Se fundieron con las sombras de los árboles, buscando alguna pista que les dijera algo.

De repente, Qui-Gon se detuvo y alzó una mano.

Obi-Wan no veía ni oía nada. Había un grupo de árboles frente a ellos, con las ramas tan espesas que el sol solamente penetraba en la maleza como finos y acuosos dedos de luz.

Qui-Gon señaló hacia arriba, llevándose el dedo a los labios.

Obi-Wan tardó un momento en darse cuenta de que los senalitas estaban durmiendo sobre sus cabezas, acomodados en las espesas ramas de los árboles. La preparación del secuestro les había mantenido despiertos toda la noche. Su barca y sus provisiones estaban colgadas de una red por encima del suelo.

Leed estaba atado a una rama, con la espalda contra el tronco. Tenía los ojos cerrados, las manos y los pies atados con un cable y la boca amordazada con una tira de cuero. Se le estaba formando una profunda herida en los pómulos. Su túnica estaba salpicada de sangre seca.

Drenna no parpadeó. Su mandíbula se tensó. La joven extrajo lentamente el arco que llevaba atado a la espalda. Qui-Gon desenvainó el sable láser. Obi-Wan le imitó de inmediato.

Qui-Gon indicó con un gesto que deberían intentar liberar a Leed sin despertar a los captores. Obi-Wan y Drenna asintieron.

Se movieron lentamente, pero uno de los secuestradores se despertó. Los tres se quedaron inmóviles. El secuestrador se estiró y miró hacia abajo casualmente. Se detuvo en mitad de un bostezo, con los ojos abiertos de par en par.

— ¡Invasión! ¡A las armas! —gritó.

Capítulo 12

Los senalitas estaban armados con cerbatanas, los utensilios propios de su planeta. Qui-Gon pensó que los dardos estarían impregnados de algún ungüento paralizador. Quizá Leed estuviera paralizado cuando consiguieran liberarle.

Los dardos llovían desde arriba. Qui-Gon y Obi-Wan se quedaron espalda contra espalda para cubrir un círculo completo. Sus sables láser giraban sobre sus cabezas brillando con un resplandor azul y verde, mientras rechazaban un dardo tras otro, sin dejar de avanzar hacia Leed.

Las ramas de los árboles estaban enredadas. No sería difícil trepar por el árbol al que estaba atado Leed. Pero ¿podrían trepar, rechazar dardos y bajar a Leed del árbol de forma simultánea? Sería muy difícil, pensó Obi-Wan apesadumbrado.

—Tenemos que conseguir que bajen de ahí —le dijo Qui-Gon sombrío—. Si logramos pelear con ellos en el suelo, Drenna podrá rescatar a Leed.

—Yo haré que bajen —dijo Drenna.

La joven se llevó el arco al hombro y comenzó a disparar una veloz ráfaga de flechas láser a los árboles. A la velocidad del rayo, lanzaba cinco flechas a la vez y apenas se detenía para recargar antes de disparar de nuevo. Los secuestradores empezaron a bajar de los árboles para huir de las flechas que volaban sobre sus cabezas.

—Cubridme —gritó a Qui-Gon y a Obi-Wan, y se dirigió hacia Leed.

Estaban rodeados de enemigos. Qui-Gon y Obi-Wan realizaban una danza constante de movimientos, rechazando los dardos envenenados y alejando de Drenna a los senalitas mientras ella subía al árbol. La joven extrajo un pequeño cortador láser de su cinturón y cortó cuidadosamente el cable que ataba los tobillos y las muñecas de Leed. Él cayó sobre ella, pero cuando la chica le ayudó a ponerse en pie, él mismo fue capaz de recorrer la rama hacia el tronco. Tenía las piernas rígidas, pero podía caminar.

Qui-Gon se acercó a Obi-Wan.

—Acorrálalos bajo ese árbol —dijo, señalando a un árbol cercano.

Mano a mano, los dos giraron y atacaron, haciendo retroceder a los senalitas mientras esquivaban los dardos. De ese modo consiguieron juntarles en círculo en el punto que Qui-Gon había indicado.

El Maestro Jedi saltó en el aire y agarró una rama alta. Al saltar, apuntó el sable láser a la red que contenía el bote. Con una serie de rápidas estocadas, cortó la gruesa malla. El bote, junto con las provisiones, comenzó a caer. De un golpe final, seccionó los últimos sedales, y la barca cayó al suelo.

Los secuestradores lo vieron caer y se tiraron al suelo. El barco giró en el aire y cayó sobre ellos, aprisionándoles firmemente. Las provisiones también cayeron del bote: comida, tubos respiradores, equipos de ayuda y botiquines.

—Quedaos bajo la barca o acabaremos con vosotros

—les advirtió Drenna en tono grave. Luego arqueó una ceja mirando a Qui-Gon.

Él miró hacia la playa, y el grupo se marchó en esa dirección. Lo más probable era que a los secuestradores les diera miedo seguirles... al menos durante un rato.

Qui-Gon y Obi-Wan ayudaron a Leed a correr hacia la playa y se metieron en las cálidas aguas. Leed fue cogiendo fuerza a medida que nadaba, con Drenna ayudándole en todo momento.

Drenna señaló una isla a lo lejos.

—Allí —dijo ella—. Ésa es la península. Desde allí podremos llegar a la carretera principal.

Se dirigieron hacia la orilla. Leed flaqueó a medida que se acercaban, y Obi-Wan y Qui-Gon tuvieron que remolcarlo hasta la playa. El chico cayó sobre la arena jadeando profundamente.

—Gracias —dijo cuando pudo hablar—. No habría escapado solo —les sonrió débilmente—. Creo que ya os habréis dado cuenta.

— ¿Sabes quiénes eran tus secuestradores? —preguntó Qui-Gon.

Él negó con la cabeza.

—No hablaron. No respondían a mis preguntas. No sé por qué me cogieron ni lo que están planeando.

—Me alegro de que estés a salvo —le dijo Drenna, mirándole ansiosa—, pero estás muy débil.

—Es el dardo paralizador —dijo él—. En breve estaré mejor.

—Debemos llegar a la carretera principal y encontrar la forma de volver a la capital y a nuestra nave —dijo Qui-Gon. Después se volvió hacia Leed—. Tu padre amenaza con invadir Senali. Y me temo que esta vez lo dice en serio.

—Taroon está furioso —intervino Drenna con los ojos brillantes—. Cree que tú y yo planeamos lo del secuestro. Sin duda se lo dirá a tu padre.

Leed tenía la mirada serena.

—Tengo que volver —dijo él.

—Estamos cerca de un camino por el que suelen llevar mercancías a la ciudad —dijo Drenna a los Jedi—. Podemos parar algún vehículo.

—Entonces vamos —dijo Qui-Gon.

La suerte estaba de su parte. Pararon un transporte y el conductor accedió rápidamente a llevarles a la ciudad flotante. Desde allí, se apresuraron a llegar a la nave Jedi. Le enviaron un mensaje a Meenon diciendo que el chico estaba a salvo y salieron hacia Rutan.

—Me alegro de que vengáis con nosotros —dijo Leed a Drenna—. No va a ser un viaje de placer.

—No te hubiera dejado ir solo —dijo Drenna dulcemente—. Necesitas que te

cuiden.

—Lo mejor será que llame a tu padre —dijo Qui-Gon a Leed—. No hay tiempo que perder —se dirigió rápidamente al comunicador y estableció contacto con el rey Frane. Le dijo que ya estaban de camino hacia Rutan.

—Lo creeré cuando lo tenga frente a mí en su propio reino —dijo el rey Frane, cortando bruscamente la conexión.

—De nada —murmuró Obi-Wan.

—Sigue preocupado por su hijo —comentó Qui-Gon amablemente—. Oculta bien su miedo.

—Oculta aún mejor sus modales —dijo Obi-Wan.

Aterrizaron en los terrenos de palacio y fueron al encuentro del Rey, que paseaba de arriba a abajo en el Gran Salón. Cuando vio a Leed, su expresión severa se tornó alegre.

— ¡Ah! ¡Temía que algo fuera mal! ¡Hijo mío, hijo mío! —el rey Frane fue corriendo hasta Leed y lo abrazó. Cuando le soltó, se secó las lágrimas con la túnica—. ¡Cómo te he echado de menos! Gracias a las estrellas que has vuelto a casa.

—He vuelto para hablar contigo, padre —le dijo Leed—. No para quedarme.

El rostro del rey Frane se puso colorado.

— ¿No para quedarte? —gritó—. ¡Eso es imposible! Estás aquí. ¡Te quedarás!

—Padre, ¿podemos hablar sin gritar? —preguntó Leed.

— ¡No estoy gritando! —aulló el rey Frane. Luego bajó la voz—. Es sólo que tengo que hacerme oír porque parece que nadie me escucha.

—He escuchado todo lo que Taroon y tú habéis dicho —respondió Leed con firmeza—. He intentado encontrar la forma de cumplir con mi deber, pero, padre, sé que si regreso se me romperá el corazón. No puedo gobernar este mundo... no lo conozco. No lo amo como amo Senali. Me enviaste allí y te aseguraste de que me cuidaran. Y lo hiciste bien. Creé una nueva familia. Es mi sitio. Pero te garantizo que no deseo ser un extraño para mi familia de sangre o para Rutan. Senali está cerca...

—Está cerca, ¿pero quién quiere ir allí? —dijo el rey Frane furioso—. Es evidente que te han comido la cabeza en Senali, pero estoy seguro de que si pasas algo de tiempo en Rutan, olvidarás todas esas tonterías.

—No las olvidaré —dijo Leed, exasperado—. Forman parte de mí.

El rey Frane se calmó visiblemente, dejando caer las manos y respirando profundamente.

—Leed, tengo que hablar contigo como Rey tanto como padre —dijo con un tono que a duras penas mantenía su firmeza—. No quiero obligarte a que cumplas con tu deber, una opción que, como Rey, podría tomar; pero, como padre, prefiero

hacerlo de forma razonable. Me romperás el corazón si haces esto. Matarás mi amor por ti.

— ¿Ésa es tu forma de pensar? —le preguntó Leed atónito.

—Escúchame —dijo el rey Frane, alzando una mano—. Nuestra estirpe lleva cien años gobernando. El primogénito del Rey o de la Reina ha ocupado siempre su lugar sin excepción. ¿Eres consciente de lo que haces rompiendo la cadena? ¿Te tomas tan a la ligera tu responsabilidad con tu familia y tu mundo? ¿Cómo puedes, siendo tan joven, decidir lo que será mejor para el resto de tu vida?

Las palabras del rey Frane impresionaron a Obi-Wan más que cualquier cosa que hubiera oído antes. Cuando abandonó a los Jedi no era plenamente consciente de que no sólo rompía los lazos entre Qui-Gon y él, sino que había roto una tradición entre todos los Maestros y los padawan; pero se dio cuenta de lo importante que era su lugar en esa tradición.

¿Debería volver Leed a Senali y dar la espalda a las generaciones que le habían preparado el camino? De repente, no estaba tan seguro.

—Tú esperabas que subiera al poder dentro de un año —respondió Leed—. Tendré que tomar decisiones importantísimas para todos los rutanianos. Si confías en mí para hacer eso, deberías confiar en mí ahora.

El rey Frane estaba cada vez más enfadado, por mucho que intentara evitarlo.

—Le estás dando la espalda a todos esos rutanianos de los que hablas con tanta ligereza.

—No —dijo Leed con firmeza—. No puedo ser un buen gobernante. Lo sé. Así que cedo el honor a alguien más digno.

— ¿A tu hermano? —preguntó el rey Frane incrédulo—. Taroon es un blando. No tiene cabeza para el liderazgo. ¿Quién iba a seguirlo? En cuanto fueron a buscarle a ese horrible planeta, lo mandé de vuelta a la escuela, que es donde tiene que estar.

—No le das ni una oportunidad —dijo Leed.

— ¡Ni tengo que hacerlo! —dijo el rey Frane, levantando la voz de nuevo—. ¡Soy el Rey! ¡Yo elijo! ¡Y elijo a mi primogénito, como mi madre me eligió a mí, y como mi abuelo la eligió a ella!

Leed no respondió y guardó un obstinado silencio.

El rey Frane no dijo nada durante unos instantes. Padre e hijo enfrentados. Ninguno parpadeó.

Obi-Wan miró a Qui-Gon de reojo, pero, como de costumbre, no daba ningún indicio de lo que estaba pensando. Simplemente esperaba a que la situación se resolviera por sí sola. ¡Estaba tan tranquilo! Obi-Wan sentía la tensión ardiendo en su interior. Intentó invocar la calma propia de los Jedi, pero no la halló. Sólo encontró confusión.

El rey Frane tomó la palabra.

—La discusión ha terminado —dijo con rigidez—. No aceptaré la deslealtad ni la traición. Debes hacer frente a tu legado. Mi hijo gobernará después de mí. Estoy haciendo lo mejor para ti.

—No puedes obligarme a hacer esto —dijo Leed firmemente.

La risa del rey Frane tenía un tono áspero. Obi-Wan intentó escuchar como lo haría Qui-Gon. Se dio cuenta de que la risa la provocaba el desconcierto y el dolor, no el desprecio.

— ¡Claro que puedo! ¡Soy el Rey!

— ¿Y qué pasa con Yaana? —intervino Qui-Gon—. Te hemos traído a Leed. Ahora debes cumplir con tu parte del trato y liberarla.

—Yo no hice ningún trato —dijo el rey Frane con un brillo peligroso en la mirada.

—Claro que sí —dijo Qui-Gon con firmeza.

—Bueno, quizá lo hice, pero ahora lo rompo —dijo el rey Frane, mirando temeroso a Qui-Gon—. Yaana permanecerá bajo custodia hasta que Leed acepte comenzar su formación real.

— ¡Así es como vas a obligarme! —gritó Leed—. ¡Retendrás como rehén a una niña inocente! ¡No eres más que un tirano!

La expresión del rey Frane se tornó en rabia instantáneamente.

—Sí, lo haré —gritó furioso—. ¿Acaso no me has oído, idiota? ¡Soy el Rey! Puedo hacer lo que me dé la gana. ¡Sé lo que le conviene a Rutan!

El rey Frane salió dando zancadas, seguido por su séquito de consejeros y guardias. Leed le siguió con la mirada y con expresión de disgusto.

— ¿Entendéis por qué no quería volver? —dijo—. Ha encontrado una forma para que me quede en contra de mi voluntad.

—Eso parece —dijo Qui-Gon en tono neutro.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Drenna.

—Si devolvemos a Yaana a su padre, el rey Frane no tendrá nada con lo que negociar. Tendrá que enfrentarse a Leed de padre a hijo, no de Rey a súbdito.

—Pero ella está encarcelada —objetó Drenna. —Ésa es la dificultad —dijo Qui-Gon. —No necesariamente —dijo Leed lentamente—. Creo que sé cómo liberarla.

Capítulo 13

Os lo explicaré por el camino —dijo Leed—. Sé dónde tienen a Yaana. ¿Podemos coger vuestra nave?

Qui-Gon asintió.

—Vamos.

— ¿Estás seguro de que esto es lo correcto? —susurró Obi-Wan a Qui-Gon mientras Leed y Drenna se adelantaban—. Se supone que no debemos quebrantar las leyes de un planeta.

—Bueno, estamos con el príncipe —señaló Qui-Gon—. Oficialmente, está en su período de formación real. Tenemos su permiso.

—Pero si ayudamos a Leed, dejaremos de ser neutrales —dijo Obi-Wan.

—No, estamos rescatando a un rehén —corrigió Qui-Gon—. El rey Frane no tiene derecho a retener a Yaana. Sólo tiene diez años.

Obi-Wan se quedó callado. En ocasiones le costaba entender las decisiones de Qui-Gon. Su precaución quizá le llevaba a optar por otras vías, pero era en esos momentos cuando aprendía a dejarse llevar y a confiar en su Maestro. Sabía que era injusto que retuvieran a la niña.

—No te preocupes, padawan —le dijo Qui-Gon—. Estoy empezando a ver la solución a este problema —sonrió—. Lo único que hay que hacer es empezar por sacar a alguien de prisión.

— ¿Eso es todo? —dijo Obi-Wan. Después le devolvió la sonrisa a Qui-Gon. Cuando perdían el ritmo, Qui-Gon se las arreglaba para que volvieran a sintonizar, gastando una broma o con una corrección leve.

Obi-Wan saltó al asiento de piloto de la nave. Siguiendo las instrucciones de Leed, introdujo las coordenadas de una plataforma de aterrizaje en las afueras de la ciudad, cerca de la prisión.

—Bueno, cuéntanos por qué crees que sabes cómo rescatar a Yaana —dijo Qui-Gon a Leed en cuanto estuvieron en camino.

—El verano pasado, cuando vine de visita —comenzó Leed—, yo ya estaba intentando decirle a mi padre que prefería Senali antes que Rutan. Por supuesto, él no me escuchó. Había una gran cacería aquel día, y yo me negué a participar. Así que me encarceló.

Qui-Gon le miró atónito. Drenna tragó saliva.

Leed sonrió débilmente.

—Fue sólo un día, y dijo que formaba parte de mi formación real. Para que supiera cómo trataba Rutan a sus prisioneros. No estuvo tan mal. Evidentemente, todo el mundo sabía quién era yo, así que me dieron la mejor celda y nadie me trató mal. Pero ocurrió algo interesante mientras estuve allí. Un pájaro se coló por las tuberías y se puso a volar por el lugar. Hizo saltar todas las alarmas. Los

guardias no podían atraparlo ni dispararle, y los sensores no dejaban de indicar al sistema principal de seguridad que se estaba produciendo una fuga masiva en la prisión. Tardaron un rato en darse cuenta de que era por culpa del pájaro. Al principio pensaron que el sistema lo había hecho saltar un prisionero; pero cuando comprobaban los sensores y verificaban las celdas, todo estaba bien. El problema es que el sistema avisa automáticamente a la guardia del Rey cuando hay un problema en prisión. Mi padre recibió un mensaje en el que se advertía de una fuga masiva de presos, y después otro diciendo que no pasaba nada. Interrumpieron la cacería y él se puso furioso. Finalmente, tuvieron que confesar que había sido un pájaro. Les dijo a los responsables que apagaran el sistema y lo capturarán, o les mataría a todos.

Drenna rió.

—Me gusta la idea de que una pequeña criatura causara todo ese revuelo.

Leed sonrió.

—Mentiría si dijera que yo no me divertí. Apagaron el sistema hasta que atraparon al pájaro. Todos se olvidaron de mí. Yo estaba en la oficina del alguacil porque estaban a punto de soltarme. Fue entonces cuando me di cuenta de algo. En los cambios de turno de guardia, los vigilantes que se van se quitan los cinturones de armas, y los guardias del nuevo turno se ponen los suyos. Lo hacen en el almacén de armas, que se guarda bajo llave. Cuando apagan el sistema, el almacén se bloquea automáticamente, por si acaso se trata de un auténtico motín. No quieren que los presos tengan acceso a las armas.

Qui-Gon ya había entendido lo que Leed quería decir.

—Así que si el sistema se desactiva durante un cambio de turno, sólo quedaría de guardia una cantidad limitada de personal, sin acceso a las armas adicionales.

—Tres guardias por bloque, para ser exactos —dijo Leed asintiendo—. Es el punto débil del sistema. Intenté decírselo a mi padre cuando volví, pero... bueno, digamos que no estaba de humor para escuchar.

—No lo entiendo —dijo Drenna—. ¿Cómo conseguiremos que un pájaro invada el sistema?

Qui-Gon sonrió.

—No necesitamos un pájaro. Creo que Leed tiene una idea.

—Cuando llegué aquí, y cumpliendo los deseos de mi padre, fingieron que yo era un delincuente —dijo Leed, visiblemente agitado—. Me llevaron a la zona de ingresos y luego a la celda de control. Pasé por delante de entre diez y quince sensores durante todo el proceso —Leed miró a Drenna—. ¿Quién tiene la mejor puntería de Senali?

—Tú —dijo ella al punto.

El negó con la cabeza, sonriendo.

— ¿Quién empató conmigo en primera posición en los Juegos Mundiales del año pasado?

—Yo —dijo ella con una sonrisa pícar—. Y casi te gano.

—Tú serás nuestro pájaro —dijo él—. Esto es todo lo que necesitas —le dio una pequeña cerbatana—. Con un poco de ayuda Jedi y un poco de jaleo por mi parte, creo que lo conseguiremos. Puedes disparar dardos a los sensores mientras recorres los pasillos —se metió la mano en el bolsillo de la túnica y sacó unos dardos. Eran pequeños y estaban hechos de un material transparente—. Éstos se quedarán pegados en la pared, pero nadie los verá.

— ¿Pero cómo vamos a entrar todos? —preguntó Drenna.

La mirada de Qui-Gon resplandecía.

—Eso es lo fácil. Nos dejaremos detener.

Leed se separó de ellos en cuanto aterrizaron y se dirigió hacia la prisión. Fingiría realizar una inspección del lugar como parte de su programa de formación. Al rey Frane le había faltado tiempo para anunciar a todos los rutanianos que el príncipe había vuelto y que iba a cumplir con su deber.

Qui-Gon, Obi-Wan y Drenna recorrieron las concurridas calles de Testa. Los edificios habían sido esculpidos utilizando enormes bloques de piedra de colores oscuros. La ciudad tenía un gran número de habitantes y, en un esfuerzo por mantener el orden, había estrictos controles de conducta. Qui-Gon intuyó que sería fácil hacerse arrestar. Insistió en que no debían incurrir en la violencia ni en la destrucción de la propiedad. Lo único que necesitaban era encontrar un parque abierto o una plaza.

Drenna señaló hacia delante.

—Allí veo un sitio.

Se aseguraron de que una pareja del cuerpo de seguridad estuviera cerca mientras se aproximaban a una plaza con césped y matorrales. Qui-Gon y Obi-Wan desplegaron su tienda de campaña como quien no quiere la cosa y comenzaron a instalar un condensador. Drenna sacó algo de comida.

Al cabo de unos minutos apareció un par de policías.

— ¿Qué estáis haciendo?

—Estoy cocinando —dijo Drenna, encantadora.

—La acampada libre es ilegal —dijo uno de ellos—. Y también cocinar al aire libre. Largaos de aquí.

—Pero tenemos hambre —dijo Obi-Wan.

—No tardaremos mucho —dijo Drenna.

Parecía que la juventud y la encantadora sonrisa de Drenna tenían su efecto. El alto policía rutiano miró a su compañera, que era todavía más alta que él. Se encogieron de hombros.

—Acabo de terminar mi turno —dijo el policía.

—Yo estoy demasiado cansada para esto —dijo su compañera—. Si les arrestamos, no llegaré a casa para la cena.

—No os hemos visto, ¿entendido? —dijo el primero, y se marchó—. Recogedlo todo y perdeos.

Los Jedi y Drenna se miraron atónitos. Habían pensado que aquélla era la parte fácil del plan.

—Nos quedamos —insistió Drenna rápidamente.

— ¡Y vamos a dar de comer a todos los del parque! —añadió Obi-Wan—. Hemos traído mucha comida. Podemos quedarnos hasta la puesta de sol.

Los dos agentes se dieron la vuelta despacio.

La hembra suspiró.

— ¿Nos lo vais a poner fácil o difícil?

Qui-Gon se concentró en la mente de la policía.

—Creo que tendrás que arrestarnos.

—Creo que tendré que arrestaros —dijo la agente—. Poneos de pie.

—Uf—dijo Drenna en un suspiro cuando se puso en pie—. Nunca pensé que me aliviaría oír eso.

Recogieron su material de supervivencia bajo la atenta mirada de los agentes. Les registraron, pero Qui-Gon empleó otro truco mental Jedi para impedir que la policía les confiscara los sables láser y la cerbatana de Drenna. Luego les informó de que no debían causarles molestias, una orden que los agentes repitieron diligentemente. Después les escoltaron al deslizador policial y les llevaron a prisión.

Cuando atravesaron las enormes puertas grises de duracero, Obi-Wan observó cómo se cerraban tras ellos.

Un sistema de cierres bloqueó la salida con una serie de estruendosos chasquidos. Drenna tragó saliva.

— ¿Estamos seguros de que esto es buena idea? —preguntó.

—Ahora es demasiado tarde —murmuró Obi-Wan.

—A eso me refiero —dijo ella.

Capítulo 14

Cuando entraron en prisión fueron conducidos al mostrador de ingresos. —¿Delito? —preguntó el funcionario del mostrador a los dos guardias.

—Acampada libre —dijo la agente—. ¿Podemos terminar rápido, Neece? Hemos terminado nuestro turno.

El guardia miró su reloj.

—Yo también estoy a punto de terminar. Ha sido un día muy largo. ¿Nombres?

Qui-Gon, Obi-Wan y Drenna dieron sus nombres. Les sometieron a un escáner de retina. Los policías se marcharon y fueron llamados dos guardias.

—Escoltad a los presos a la celda de control.

El funcionario activó la puerta de seguridad y todos la atravesaron. La puerta resonó tras ellos y los cierres se bloquearon con un estruendo final. Bajaron por el pasillo entre los guardias. Tuvieron que atravesar una serie de controles. Sobre las puertas brillaban los sensores rojos. Cuando los guardias se aproximaban, apuntaban al sensor con un haz láser ubicado en la punta de un electropunzón. Eran expertos en coger el ritmo del golpe del punzón para atravesar la puerta de control sin dificultades.

El guardia de la izquierda alzó el punzón y disparó un rayo de luz al sensor, que se iluminó en verde. Drenna fingió toser y se llevó la cerbatana a la boca.

Su puntería era perfecta. El sensor comenzó a parpadear y sonó una alarma.

Los guardias miraron a su alrededor sorprendidos. El corredor estaba desierto. El intercomunicador del alguacil resonó.

—Guardia siete, informe.

Él habló por el dispositivo.

—No pasa nada. Debe de ser un error de funcionamiento. Verifique el sistema.

Siguieron andando. En el siguiente sensor, Drenna disparó la alarma antes de que el guardia pudiera levantar el punzón.

—Guardia siete, informe —la voz sonaba algo más enfadada.

—No, ahora tampoco pasa nada.

Se oyó un gruñido al otro lado del intercomunicador.

—No será otro pájaro.

Pasaron frente a cuatro sensores de camino a la celda de control. Drenna ocultaba tan bien la cerbatana que Qui-Gon no tuvo ni que utilizar la Fuerza. Los sensores se disparaban y las alarmas saltaban.

Los guardias, visiblemente contrariados mientras guiaban al grupo a la celda de control, hicieron entrar a Drenna y a los Jedi y cerraron la puerta de duracero.

—Dos minutos para el cambio de turno —dijo Qui-Gon en voz baja.

Drenna miró por la pequeña hendidura de la puerta. Era lo suficientemente amplia como para introducir la cerbatana. Apuntó a los sensores al otro lado del pasillo.

— ¿Por qué no lo apagan todo? —se quejó el guardia

que custodiaba la celda, tapándose las orejas con las manos—. Sólo nos falta que venga la guardia real a investigar.

—El príncipe Leed está aquí —dijo su compañero—. El Rey se enterará de esto de todas formas.

—Silencio —ordenó el otro—. Ya viene el jefe. Vámonos antes de que nos diga que nos quedemos.

Oyeron los pasos de los guardias alejándose y después la voz de Leed.

—No entiendo nada —dijo Leed colérico—. Vuestro sistema debe de ser demasiado sensible. Esto ha ocurrido antes. Mi padre va a ponerse furioso.

—Sí —dijo el encargado, nervioso—. Quizá sea otro pájaro o algún tipo de pequeña criatura lo que está haciendo saltar el sistema.

— ¡Hay que apagarlo de inmediato! —rugió Leed, al estilo de su padre.

—Pero...

— ¡De inmediato!

El encargado y Leed se alejaron rápidamente. Qui-Gon no despegaba el ojo del reloj. Obi-Wan miraba fijamente el sensor.

—El sensor se acaba de apagar —dijo Obi-Wan—. El sistema se ha desconectado.

—Y los guardias están en el cambio de turno. Es hora de irse.

Qui-Gon activó el sable láser. Obi-Wan le imitó. Horadaron rápidamente un agujero en la puerta de duracero, y los tres lo atravesaron sin perder un momento.

El pasillo estaba desierto, pero eso no duraría mucho. Recorrieron rápidamente el pasillo. Leed les había dicho dónde estaba la celda de alta seguridad en la que era probable que tuvieran cautiva a Yaana.

El sistema permanecía apagado, pero un guardia estaba apostado en la puerta de la celda de Yaana. Tenía una pistola láser enfundada. Era evidente que no le preocupaba el intento de huida de una niña de diez años.

Drenna disparó un dardo paralizador al guardia y le dio en el cuello. El hombre cayó al suelo con gesto estupefacto.

Drenna se acercó.

—Podrás moverte dentro de veinte minutos —le dijo amablemente—. Relájate y tómatelo como un descanso.

Mientras tanto, Obi-Wan y Qui-Gon cortaron rápidamente un agujero en la puerta. El metal retrocedió fácilmente y ambos se metieron en la celda. Una

esbelta niña senalita de grandes ojos oscuros estaba sentada en un rincón. Al ver a los Jedi, intentó retroceder.

—Yaana, no tengas miedo. Hemos venido para llevarte de vuelta con tu padre a Senali —le dijo Qui-Gon.

La mirada asustada se disipó. La joven levantó la barbilla y asintió.

—Estoy preparada.

Corrieron por el pasillo. Cuando llegaron a una esquina, Qui-Gon alzó una mano. Echó un vistazo al otro lado. Leed le estaba echando la bronca al encargado en una buena imitación de su padre. Cuando vio a Qui-Gon, cogió al encargado del hombro para que mirara hacia otro lado. Con un rápido gesto a espaldas del encargado, les señaló una puerta cercana.

Qui-Gon, Obi-Wan, Drenna y Yaana atravesaron en silencio el pasillo. Qui-Gon se acercó a la puerta que Leed les había indicado. Conducía a otro largo pasillo gris en el que se alineaban varias puertas de oficina cerradas. Se encontraban en el sector administrativo de la prisión.

Justo frente a ellos había un mostrador de recepción.

Era el puesto de control para abandonar la prisión. Qui-Gon se acercó.

—Somos visitantes autorizados con pase de salida firmado por el encargado —dijo. Luego se concentró en la mente del guardia—. Podemos salir.

—Podéis salir —dijo el guardia, activando la puerta.

Caminando despreocupadamente, los cuatro pasaron por el puesto de control y salieron por la puerta. Apretaron el paso mientras atravesaban el patio. Cuando llegaron a las calles de Testa, Drenna comenzó a apresurarse, pero Qui-Gon la detuvo.

—No llames la atención —dijo.

Ya casi estaban en la plataforma cuando Leed les alcanzó.

—De momento, todo perfecto —dijo—, pero me temo que el encargado envió un mensaje a mi padre para disculparse por las molestias cuando empezó todo. Él llegará en cualquier momento.

—Ahora podéis daros prisa —dijo Qui-Gon a Drenna.

Atravesaron corriendo la última sección hacia la plataforma de aterrizaje. La nave estaba esperándoles. La zona estaba desierta.

De repente, Obi-Wan percibió peligro. *Esto es una plataforma de aterrizaje pública. ¿Por qué está desierta?*, se preguntó.

Qui-Gon y él activaron sus sables láser con un movimiento sincronizado. Qui-Gon empujó a Yaana hacia una pila de cajas.

—Quédate detrás —le ordenó.

Al cabo de un segundo, los disparos láser comenzaron a surgir de la esquina de

un cobertizo de herramientas. La nave quedó agujereada por los disparos.

Corrieron con los sables en mano. Un grupo de androides de vigilancia estaba vaciando los cargadores sobre la nave. El fuego del arma láser dio en el depósito de combustible, que explotó.

Qui-Gon, Obi-Wan, Drenna y Leed siguieron a los androides. La excepcional puntería con arco de Drenna hizo humear a tres de los androides en cuestión de segundos. Leed disparó igual de rápido con su propio arco, derribando a otros dos. Obi-Wan y Qui-Gon saltaron y atacaron como si fueran uno solo, blandiendo velozmente los sables láser para decapitar al resto.

—Bien hecho —dijo una voz conocida.

Se volvieron y vieron al rey Frane de pie junto a la guardia real.

—Realmente un placer para la vista —contempló a Drenna con admiración—. Nunca he visto mejor puntería. ¿Quién iba a pensar que una senalita iba a ser tan buena disparando?

Uno de los perros de batalla nek del rey Frane dio un repentino salto hacia delante, ladrando y mostrando sus colmillos grandes y letales.

— ¡Atrás! —gritó el Rey al feroz can.

Drenna avanzó antes de que nadie pudiera impedírselo y extendió una mano. El perro se tranquilizó y la olfateó. Qui-Gon jamás había visto a un perro de batalla nek reaccionar de manera amistosa. Por su cara, parecía que el rey Frane tampoco. Drenna le rascó al perro detrás de las orejas.

—No eres un asesino. Eres un incomprendido —susurró al perro.

—Díselo a los kudanas —dijo el rey Frane—. Y ahora... ¿dónde está la hija de Meenon?

Qui-Gon se puso delante de Yaana, que había salido de detrás de las cajas.

—No permitiremos que te la lleves de nuevo —dijo al rey Frane—. Los Jedi están aquí a petición tuya. No se quedarán parados a mirar cómo rompes las leyes diplomáticas.

El rey Frane le miró con desprecio.

—Palabras necias. Yo decido la ley en Rutan.

—No, padre —Leed dio un paso adelante—. No hay necesidad de amenazar a mis amigos los Jedi. Ya veo que no tengo elección. Me quedaré en Rutan.

—Al fin cumples con tu deber —dijo el rey Frane satisfecho.

— ¿Estás seguro, *Leed*? —preguntó Qui-Gon—. Te prometí que no dejaríamos que tu padre te obligara a quedarte aquí.

Leed negó con la cabeza.

—Nadie me obliga. Y ahora veo que mi deber es una carga que tengo que aceptar. No hacerlo sería egoísta por mi parte. Es probable que mi padre tenga

razón.

— ¿Es probable? —preguntó el rey Frane irritado—. ¡Pues claro que tengo razón!

— ¿Y nos permitirás llevarnos a Yaana de vuelta a Senali? —preguntó Qui-Gon al Rey.

El rey Frane negó con la cabeza.

—Si lo hacéis me quedaré sin senalitas aquí. Necesito algo con lo que negociar con Meenon. No. Ella se queda.

—Meenon ha establecido sus condiciones para evitar la guerra —dijo Qui-Gon—. Una de ellas es el regreso de su hija. No creo que el hecho de que Leed se quede haga cambiar las cosas. Cuando encerraste a su hija perdiste su confianza.

— ¡Que ataque! ¿Y a mí qué me importa? ¡Les pulverizaremos! —gritó enfadado el rey Frane.

Drenna dio un paso adelante.

—Manda a Yaana a casa. Yo me quedaré.

El rey Frane la observó con curiosidad.

— ¿Y quién eres tú, aparte de una excelente tiradora?

—Soy Drenna, la sobrina de Meenon —dijo Drenna—. A mí también me quiere. Si me quedo no atacará Rutan.

—No me da miedo su ofensiva —dijo el rey Frane con desdén. La miró fijamente—, pero lo cierto es que es una solución. De acuerdo. Acepto.

— ¿Pero no la encarcelarás? —preguntó Qui-Gon a modo de advertencia.

—No. Vivirá en palacio, donde pueda tenerla vigilada —dijo el rey Frane con satisfacción, dándole la espalda a Drenna—. Te instalaré en el pabellón de caza. Bajo mi atenta mirada, sin posibilidad de huir, pero no encarcelada. Quizá puedas enseñar a mi guardia real a disparar y a cuidar de mis neks. Taroon estaba al cargo del cuidado de todos mis rastreadores. Le asustaban los neks y era incapaz de arreglar un androide. Es imposible que lo hagas peor que él. Haré llamar a Taroon a la escuela y le enviaré de vuelta a Senali —el rey Frane dio una patada en el suelo—. Ahí tenemos otro intercambio. ¿Estás satisfecho, Jedi?

— ¿Taroon vuelve a Senali? —preguntó Drenna—. ¡Pero si él lo odia!

El rey Frane se encogió de hombros.

—Bien. Así me aseguro de que vuelva.

Se dio la vuelta de repente.

—Todo ha terminado. Ahora vámonos de cacería. Vamos, Leed.

Leed se acercó a Qui-Gon y Obi-Wan. Les puso una mano a cada uno en el antebrazo. La tristeza inundaba su

rostro, pero inclinó la cabeza con dignidad a modo de saludo.

—Nunca olvidaré todo lo que intentasteis hacer por mí —dijo.

—Puedes llamarnos si vuelves a necesitar nuestra ayuda —dijo Qui-Gon.

—Lo siento, Leed —dijo Obi-Wan.

—El deber es más importante que los sentimientos —dijo Leed—. Eso es lo que tengo que aprender. Os deseo paz y serenidad.

Les dejó y se unió a su padre. Con una triste mirada de despedida a los Jedi, Drenna fue con ellos. Qui-Gon y Obi-Wan se quedaron viéndoles marchar.

—Me quedaré aquí un tiempo —dijo Obi-Wan—. Eso le proporcionará consuelo a Leed. La misión no ha terminado como yo pensaba. Pensé que iban a permitir a Leed quedarse en Senali.

— ¿Es eso lo que esperabas que pasara, padawan? —preguntó Qui-Gon—. Y esta vez dime la verdad.

Así que Qui-Gon sabía que había evitado esta pregunta cuando estaban en Senali.

—Al principio no quería decirte que simpatizaba con Leed —admitió Obi-Wan—. Pensé que te recordaría a mi decisión de quedarme en Melida/Daan y abandonar a los Jedi. Creí que te haría dudar de mi compromiso contigo.

—Hemos dejado atrás ese tema, padawan —dijo Qui-Gon—. No tengas miedo de compartir conmigo tus sentimientos. Nunca me pondrán en tu contra.

—Mis sentimientos cambiaban cada día —admitió Obi-Wan—. También me conmovió el argumento del rey Frane cuando habló con su hijo.

—Eso es porque no hay una respuesta concreta —dijo Qui-Gon—. Los sentimientos están enredados, como dije al principio.

—Bueno, no habrá guerra —dijo Obi-Wan como conclusión—. Lo siento por Leed, pero al menos habrá paz entre los dos planetas.

—Te equivocas, Obi-Wan —dijo Qui-Gon con la mirada fija en la nave del Rey, que se elevaba en el aire—. La misión no ha terminado. Y me temo que los dos mundos están más cerca de la guerra que nunca.

Capítulo 15

Obi-Wan apretó el paso para acompañar las grandes zancadas de Qui-Gon. El Jedi se movía sin dificultades entre las bulliciosas calles de Testa.

—Pero no lo entiendo —dijo Obi-Wan—. ¿Por qué estamos cerca de la guerra? Ambos líderes tienen de nuevo a sus hijos. No hay motivo para luchar.

—No son ellos los que siguen queriendo la guerra —dijo Qui-Gon—. Los secuestradores de Leed eran rutanianos.

— ¿Cómo lo sabes?

—Piensa, padawan —dijo Qui-Gon mientras sorteaba un puesto de comida—. ¿Había algo en su campamento que indicara su procedencia?

Obi-Wan se concentró y recordó a los secuestradores durmiendo en los árboles. Él dedujo sin pensarlo que eran senalitas por sus pieles plateadas y las coronas y collares de coral.

Pero no tenían la piel plateada. Fue algo que él supuso.

—Tenían la piel pintada con arcilla —dijo él—. Creí que era para obtener una apariencia fiera, pero así podían ocultar el hecho de que no tenían escamas en la piel.

—Bien —aprobó Qui-Gon—. ¿Algo más?

Obi-Wan volvió a pensar en la batalla. Los secuestradores pelearon bien, pero en eso no había nada que indicara si eran rutanianos o senalitas. Ambos grupos utilizaban arcos y cerbatanas como arma.

Centró su atención en recordar el bote. En apariencia era como muchos botes que había visto en Senali. Estaba confeccionado a partir del tronco de uno de los árboles autóctonos. Recordó las provisiones cayendo del bote...

— ¡Los tubos respiradores! —exclamó—. Los senalitas no los utilizan. ¿Por qué no se me ocurrió antes?

—No hemos tenido tiempo para pensar —dijo Qui-Gon amablemente—. Yo me di cuenta, pero ya me había preguntado por qué ocultaban su piel con esa arcilla blanca.

—Pero si sabías que eran rutanianos, ¿por qué no dijiste nada? —preguntó Obi-Wan.

—Porque todavía no sabía quién estaba detrás del secuestro —dijo Qui-Gon—. Mientras no lo supiera, pensé que lo mejor era fingir que pensaba lo que se suponía que tenía que pensar.

—Entonces ¿quién está detrás de esto? —preguntó Obi-Wan, frustrado—. ¿Y ahora adonde vamos?

—Vamos a ver a Taroon —dijo Qui-Gon.

—Pero lo más probable es que esté regresando a Senali —señaló Obi-Wan.

—Todavía no. Encontrará una razón para retrasarlo.

Obi-Wan seguía confuso.

— ¿Crees que Taroon estaba detrás del secuestro de su hermano? Pero ¿por qué? Él fue a Senali para convencerle de que volviera a Rutan para siempre. Estaba enfadado y dolido cuando Leed se negó.

—Eso parecía. Pero, padawan, lo que las personas dicen y lo que sienten no tiene por qué coincidir. Los Jedi son diferentes en ese sentido.

— ¿Temes que Taroon esté planeando un ataque? —preguntó Obi-Wan.

Qui-Gon asintió.

—Vi algo más entre las provisiones del campamento de los secuestradores. Androides rastreadores. Tenían el sello real de la casa de Rutan. Y el rey Frane nos acaba de decir que Taroon era el encargado de los rastreadores, ¿recuerdas? Sólo una persona podía tener acceso a esos androides y a la posibilidad de reunir seguidores para invadir Senali en secreto.

— ¿Por qué iba Taroon a robar los androides rastreadores reales? —preguntó Obi-Wan. Cada vez estaba más frustrado.

—Esa es una buena pregunta, Obi-Wan —dijo Qui-Gon—. ¿Por qué iba a robarlos si son tan fáciles de conseguir? Sólo tiene sentido en caso de que Taroon modificara los androides de alguna forma, para después mandarlos de regreso a Rutan.

— ¿Y qué ocurre después?

—Eso es algo que nos ha de explicar Taroon —respondió Qui-Gon con seriedad.

Obi-Wan vio que se habían detenido ante las puertas de una impresionante estructura. En la piedra del arco principal estaba grabado: "REAL ESCUELA DE LIDERAZGO".

Qui-Gon franqueó la entrada y abrió la puerta de la escuela. El pasillo estaba vacío, a excepción de un profesor que pasó a toda prisa con los brazos llenos de data-pads y pantallas de lectura.

—Perdone —dijo Qui-Gon educadamente—. Estamos buscando a Taroon.

El profesor frunció el ceño.

—Lo más probable es que esté camino de Senali. Su padre le ordenó partir de inmediato. Es una pena. Es un estudiante popular. Le echarán de menos.

—Tenemos razones para creer que sigue aquí —dijo Qui-Gon—. ¿Se le ocurre algún sitio en el que pueda estar?

—No hay que pensar mucho —dijo el profesor sonriendo—. Taroon suele estar en el laboratorio técnico con sus amigos, enredando con paneles de programación. Al final de pasillo, subiendo la rampa, la segunda puerta a la derecha.

Qui-Gon se lo agradeció y ambos se dirigieron rápidamente hacia donde había indicado el profesor.

—En caso de que estés en lo cierto, ¿qué te hace pensar que Taroon confesará? —preguntó Obi-Wan a Qui-Gon.

—Que no es mala persona —dijo Qui-Gon—. Sólo está dolido. Es como su padre... convierte su dolor en ira.

Llegaron al laboratorio técnico y activaron la puerta. Taroon estaba sentado en un banco apoyado contra la pared. Miró a los Jedi nervioso y se puso en pie de un salto.

— ¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

— ¿Por qué lo preguntas? —inquirió Qui-Gon.

Taroon se encogió de hombros, pero su mirada era temerosa.

—Me sorprende veros aquí.

—Tu padre ha dado la orden de que partas hacia Senali de inmediato —dijo Qui-Gon—. ¿Por qué no te has ido?

—Me dejé algo de equipo aquí —dijo Taroon rápidamente—. Necesito incluirlo en mi equipaje para poder marcharme.

—No estabas recogiendo nada cuando entramos nosotros —señaló Obi-Wan.

Taroon le miró con arrogancia.

— ¿Quién eres tú para cuestionar a un príncipe?

—Es un Jedi —dijo Qui-Gon con firmeza—. Tu padre nos hizo llamar para solucionar este asunto, pero no está solucionado, ¿verdad, Taroon?

—No sé a qué te refieres —dijo el joven, nervioso.

—Taroon, no tenemos tiempo de evasivas —dijo Qui-Gon—. Creo que estás detrás del secuestro de tu hermano en Senali.

— ¡Eso es ridículo! —gritó Taroon—. ¿Por qué iba yo a arreglar algo así? Yo quiero a mi hermano. ¡Soy un patriota!

—Ambas cosas son ciertas —dijo Qui-Gon—. Quieres a tu hermano, pero también estás enfadado con él por darte la espalda. Eres un patriota, pero planearías un ataque a Rutan con la esperanza de que culparan a Leed. Pero Leed está aquí, Taroon. Dudo que el Rey le culpe. Culpará a Meenon. Y puede que éste tome represalias y todo conduzca a la guerra. Pero quizás eso no te importa. Quizá piensas que un evento semejante dividiría a Leed. Quizás es eso lo que pretendes.

—No sé de qué estás hablando, pero sé que no habrá guerra —dijo Taroon—. Mi padre habla mucho, pero no atacará. De todas formas, yo no he tenido nada que ver con todo esto.

— ¿Estás seguro de que tu padre no atacará Senali? ¿Estás dispuesto a

arriesgar muchas vidas? —le preguntó Qui-Gon, cuyo tono de voz crecía en intensidad. Obi-Wan pensó que él no hubiera soportado una mirada tan penetrante.

Taroon miró hacia otro lado.

—No puedes hablarme así.

Qui-Gon dio unos pasos por la sala.

—Déjame que te cuente lo que creo que pasó —dijo—. Alistaste a un pequeño grupo de rutanianos. Quizá fueran amigos tuyos de la escuela, una combinación entre los que te aprecian y los que esperan beneficiarse en caso de que seas coronado en lugar de Leed. Mientras estabas en Rutan, ese grupo viajó en secreto a Senali y adoptó una identidad fantasmagórica, lo justo para que Meenon advirtiera su presencia. Se untaron con arcilla blanca para que nadie viera que su piel carecía de escamas, robaron cosas y violaron lugares santos para que los distintos clanes se enemistaran, y fomentaron la intranquilidad para llamar la atención y ganarse el desprecio de los senalitas. Todo eso lo planeaste tú.

El sudor llenaba la frente de Taroon.

—No puedes probar nada.

—Arreglaste lo del secuestro de Leed porque durante su desaparición pretendías planear un ataque en Rutan. Querías que culparan al líder de los Espectros. A pesar de que Leed escapó, decidiste seguir adelante con el plan. Las pruebas señalarían a Leed como el responsable del ataque. Esto serviría para expulsar a Leed de Rutan para siempre y para que no obtuviera popularidad en Senali, ya que los Espectros desaparecerían pronto. Los senalitas también culparían a Leed. Él se quedaría sin patria y sin seguidores, y tú serías Rey. ¿No es así, Taroon? Traicionaste a tu hermano por tu propia ambición.

— ¡No por ambición! ¡Por amor a mi planeta! —explotó Taroon—. Leed tiene razón. Él no puede ser el auténtico gobernante de Rutan. ¿Acaso no se merece lo que iba a suceder? ¡Nos dio la espalda hace mucho tiempo! Es mi hermano. Debería haber pensado en su familia.

Debería haber pensado en mí. Crecí sin él. Tuve que soportar la ira de mi padre. Él creció con cariño y amor. ¡Yo crecí con desprecio!

—Tu padre es muchas cosas, pero no puedes decir que no quiera a sus hijos —dijo Qui-Gon con seriedad—. Quizá no te vea como el hombre fuerte que eres.

—Ni siquiera me ve —murmuró Taroon.

—Debe ser duro que tu padre te llame idiota —dijo Qui-Gon—. Tu ira es comprensible, pero estás alimentando tu enfado en lugar de intentar controlarlo. Si te enfrentaras a tu padre y le dijeras la verdad, la situación podría cambiar. En lugar de eso te comportas como un niño. La diferencia es que tú eres un príncipe, y el resultado de tu ira puede desembocar en una guerra.

—No habrá guerra. Sólo será un ataque. No se perderán vidas —dijo Taroon con gesto hosco—. Escogí un objetivo simbólico.

— ¿Y cómo ocurrirá? —preguntó Qui-Gon con insistencia—. ¿Serán los androides rastreadores?

Taroon asintió reacio.

—El escuadrón de Senali está regresando a Rutan. Soltarán a los androides. Ya me he asegurado de que los androides que mi padre está empleando en la cacería se estropeen. Los nuevos ocuparán su lugar sin que nadie se dé cuenta.

— ¿Y qué harán los androides? —preguntó Qui-Gon.

—En lugar de perseguir kudanas, están programados para colarse en las casetas de los perros nek. La caseta no tiene techo, está abierta por arriba. Cuando los androides localicen a su presa, están programados para hacer explosión. En un espacio cerrado como las casetas, los perros morirán.

Taroon se agitó nervioso ante sus miradas.

— ¿Qué tiene de malo? Los neks son criaturas horribles. Atacan cualquier cosa, incluso a los de su raza.

—Sí —dijo Qui-Gon suavemente—. Atacar a los tuyos es realmente despreciable.

La piel azulada de Taroon se tiñó de un rojo iracundo cuando comprendió lo que Qui-Gon quería decir. Que él mismo se había vuelto contra su hermano.

—Ese ataque bastará para enfadar a tu padre —dijo Qui-Gon—. Y sospechará de Leed. Y si no lo hace, tú te encargarás de sembrar la duda en su cabeza. Por eso te quedas aquí y no te vas a Senali. Pero ¿qué pasa con Drenna?

Taroon le miró fijamente.

— ¿Qué pasa con ella? Ha vuelto a Senali.

Qui-Gon negó con la cabeza.

—Se ha quedado en Rutan. Tu padre la ha instalado en el pabellón de caza.

Taroon saltó.

— ¡Pero el pabellón está al lado de las casetas!

Qui-Gon asintió.

—Y su labor es cuidar a los animales. Ahora mismo estará en las casetas.

— ¡No! —gritó Taroon—. ¡Es demasiado tarde para que vuelvan los androides rastreadores! ¡Tenemos que detenerlos!

—Sí —dijo Qui-Gon—. Quizá podamos impedir lo que tú has empezado.

—Podemos utilizar mi nave —dijo Taroon—. Seguidme.

Capítulo 16

Taroon se sentó a los mandos, echándose hacia delante como si pudiera obligar a la nave a ir más deprisa. Qui-Gon estaba tranquilo. Como siempre, Obi-Wan admiró la capacidad de su Maestro para invocar la serenidad en mitad de una situación tensa.

—Vuelvo a estar confuso —dijo Obi-Wan, acercándose a Qui-Gon y hablando en voz baja—. Pensé que Taroon odiaba a Drenna. ¿Por qué ha cambiado de opinión al saber que Drenna estaba en peligro?

Qui-Gon sonrió brevemente.

—Recuerda lo que te dije al principio de la misión, padawan. Las palabras no siempre reflejan los sentimientos. Viste a dos enemigos. Yo vi a dos seres luchando contra una atracción que les parecía inapropiada.

Obi-Wan negó con la cabeza.

—Yo no vi eso en absoluto.

—No te preocupes —dijo Qui-Gon con serenidad—. Quizá lo hubieras visto si fueras un poco mayor. De cualquier manera, hay cosas que tú ves y yo no. Ésa es la esencia de una relación efectiva entre Maestro y padawan.

—Esperemos que lleguemos a tiempo para salvar a Drenna —dijo Obi-Wan.

—Ya hemos llegado —exclamó Taroon con alivio—. No veo nada. Puede que se suspendiera la cacería.

—Aterrizá enseguida —dijo Qui-Gon, escudriñando la zona.

Obi-Wan se unió a él, observando el horizonte en todas direcciones mientras Taroon hacía descender la nave. Obi-Wan vio unos puntos en movimiento a lo lejos en el cielo.

—Ahí —susurró a Qui-Gon.

—Sí —dijo Qui-Gon en voz baja—. Baja cuanto antes, Taroon —le dijo con calma. Obi-Wan sabía que su Maestro no quería alarmar al joven.

— ¡Ahí está Drenna! —exclamó Taroon, distrayéndose por un momento—. Está saliendo del bosque.

Drenna salió de entre los árboles con el arco amarrado a la espalda. Obi-Wan echó una ojeada rápida a los puntos parpadeantes que tenía a su izquierda. Ahora podía distinguir claramente que eran androides rastreadores... quizás una docena. Se los señaló en silencio a Qui-Gon. Sabía por experiencia lo rápido que podían rastrear esos androides.

Drenna miró hacia arriba y vio la nave. Se tapó los ojos del sol, pero no podía ver en el interior del vehículo. Se dirigió hacia las casetas.

— ¡No! —gritó Taroon. El transporte se estremeció cuando sus manos se agitaron.

Qui-Gon saltó hacia delante. Le quitó los mandos a Taroon con una serie de movimientos rápidos y experimentados, y aterrizó la nave al lado de las casetas. Activó la rampa de descenso.

—Date prisa, padawan —le apremió.

Bajaron la rampa corriendo, con los sables láser activados y listos.

Drenna ya casi estaba en la puerta de las casetas. Los androides rastreadores comenzaron a iluminarse mientras se acercaban al objetivo.

— ¡Drenna! —gritó Qui-Gon—. ¡Arriba! ¡Ten cuidado!

Los reflejos de Drenna eran muy rápidos. Se dio la vuelta, mirando hacia arriba. Apenas tardó un momento en ver el peligro antes de echar el brazo atrás para llevarse el arco al hombro.

Qui-Gon dio un impresionante salto en el aire, aferrando el sable láser, que brillaba con su resplandor verde contra el cielo gris. Aplastó el androide rastreador que volaba más bajo. El sable láser lo atravesó suavemente, cortándolo en dos. Una pequeña explosión dejó escapar una nubecilla de humo. Mientras los androides rastreadores no tocaran el suelo, no provocarían una explosión a gran escala.

Obi-Wan, saltando a su vez, siguió a Qui-Gon. No podía subir tan alto como su Maestro, y su primera estocada cortó el aire; pero Drenna ya había cargado su arco y había tirado la primera flecha láser, que dio en el blanco. Otro androide cayó al suelo echando humo y chisporroteando.

Qui-Gon saltó sobre el tejadito de la entrada de las casetas. Desde ahí podía ir de un lado al otro, derribando a los androides mientras se acercaban a las casetas. Podía oír los gruñidos de los perros a medida que se acercaban los androides.

Obi-Wan saltó para unirse a él. Drenna se quedó en el suelo, con el arco en el hombro, disparando tan rápido que su brazo era como una centella mientras lanzaba una flecha tras otra. Obi-Wan dio un salto y, con una estocada de arriba abajo, derribó un androide. Después cambió de dirección y abatió a otro.

Les llegó el ruido de cascos al galope, y Obi-Wan vio al Rey y a su séquito corriendo hacia ellos. Les ignoró y devolvió su atención a los androides que se dirigían hacia él. Eran máquinas incansables, que atacaban constantemente su objetivo.

Uno a uno, los Jedi y Drenna acabaron con los androides. Sólo quedaba uno, girando sin control hacia las casetas. Oyeron una pequeña explosión y el androide comenzó a echar humo. Taroon lo había abatido con su pistola láser.

Los cuatro tiraron las armas al suelo. Drenna se secó el sudor de la frente con la manga de la túnica.

— ¿Os importaría explicarme qué ha pasado? ¿Y qué estás haciendo aquí? —preguntó ella a Taroon.

— ¡Yo debería hacer la misma pregunta! —gritó el rey Frane, saltando de su

montura y avanzando a zancadas hacia ellos—. ¿Por qué están aquí mis androides en lugar de estar rastreando a los kudana? ¿Y por qué los habéis destruido? —miró colérico a los Jedi—. Ya os perdoné una vez. ¿Qué os hace pensar que volvería a hacerlo?

—Creo que es hora de que te expliques, Taroon —dijo Qui-Gon, mirándole fijamente.

—Estaba muy enfadado —dijo Taroon a su padre—. Y pensé... que si Leed rechaza lo que yo deseo con todas mis fuerzas, ¿por qué no podía tenerlo yo? ¿Por qué debería obtener él un premio que yo ambiciono?

— ¿Quieres gobernar? —preguntó incrédulo el rey Frane.

—Sí, padre, quiero gobernar —dijo Taroon—. A pesar de que soy el hijo menor, y que a tus ojos sea torpe y débil. A pesar de que no sea tan bueno en todo como tu primogénito. Supe que la única forma de conseguir lo que quería era hacer que ocurriera. Así que cuando Leed comenzó a insinuar que quería quedarse en Senali, vi lo que podría ocurrir. Sabía que él estaba buscando un enfrentamiento. Sabía que no daría su brazo a torcer y que tú subestimarias su cabezonería. Así que reuní un grupo de seguidores y lo envié a Senali para que actuara como clan marginal. Mi plan era que tanto los rutanianos como los senalitas pensaran que Leed era el cabecilla de ese clan marginal. Planeé el ataque con los androides rastreadores para que todos pensaran que Leed era el responsable. Habría amenaza de guerra, pero no pensé que llegara a ocurrir de verdad. Leed se quedaría en Senali. Eso fue antes de que se metieran por medio los Jedi —le dedicó a Qui-Gon una débil sonrisa—. Ellos estropearon todos mis planes.

El rey Frane miró a su hijo con incredulidad.

— ¿Querías atacar tu propio planeta?

—No se iban a perder vidas —insistió Taroon—. Sólo perros de batalla nek, y eso no tiene consecuencias.

— ¡Son seres vivos! —gritó Drenna enfadada.

— ¡Se comen a los suyos! Se les cría para destruir —dijo Taroon—. Unos cuantos menos no se notará.

— ¿Destruirías cualquier cosa para obtener lo que pretendes? —preguntó Drenna con desdén—. ¿Por eso casi me destruyes?

—Lo siento de verdad —dijo Taroon, volviéndose hacia ella—. El pabellón de caza lleva quince años deshabitado. No tenía ni idea de que estuvieras ahí.

—Tus disculpas no me servirían de mucho si hubiera muerto —replicó Drenna.

— ¿Queréis parar los dos? —rugió el rey Frane—. ¡Yo soy el que sale perdiendo! ¡Mis casetas están casi destruidas! Y tú —dijo a Taroon—. ¿Me estás diciendo que reclutaste un escuadrón, invadiste un planeta y pensaste un plan para incriminar a tu hermano y obtener el poder?

Taroon asintió.

El rey Frane se quedó congelado. Luego echó hacia atrás la cabeza y comenzó a reír estruendosamente.

— ¡Qué os parece eso! ¡Es un líder! ¡Esa astucia! ¡Esas artimañas! Serás un buen gobernante. ¿A que soy sabio, habiendo criado a semejante hijo? —dio unas palmadas en la espalda a Taroon—. Lo único que te falta es una Reina que pelee contigo cada día, como tu amada madre hizo conmigo. ¡Menuda guerrera era! —miró a Drenna—. Bueno, con un poco de suerte, es posible que encuentres a esa Reina no muy lejos.

Drenna miró hacia otro lado con las mejillas de piel azulada teñidas de rosa. Taroon también estaba colorado. Leed miró a ambos, sorprendido, y luego sonrió.

—Después de todo, quizás algún día los senalitas y los rutanianos encuentren la forma de convivir en paz —dijo.

— ¿Y nosotros, hermano? —preguntó Taroon, volviéndose hacia Leed—. ¿Estamos en paz? ¿Me perdonas?

Leed agarró los antebrazos de Taroon en un gesto afectuoso.

—Te comprendo y te perdono, hermano.

Los ojos del rey Frane se humedecieron. El monarca se aclaró la garganta estruendosamente.

—Yo también quiero la paz. Estoy cansado del intercambio de amenazas con Meenon. Interfiere con mis cacerías y en mis banquetes. Yo digo que Leed ha de ser el primer embajador de ambos planetas. Fomentará la comprensión y el comercio entre los dos mundos.

—Es una idea maravillosa, padre —dijo Leed con la voz llena de alegría—. ¿Y me permitirás irme de Rutan?

El rey Frane hizo un gesto despreocupado con la mano.

—También estoy harto de tus suspiros y tus lamentos continuos. Ha sido muy deprimente tenerte por aquí —sonrió a sus dos hijos—. Ahora veo que tengo dos hijos que se están convirtiendo en hombres sin miedo a obtener lo que desean. Lo he hecho bien —se volvió hacia los Jedi—. Os perdono por destruir mis androides. ¡Otra vez! ¿A que soy generoso? Y os invito a mi banquete.

Qui-Gon se inclinó.

—Será un honor para nosotros.

Al día siguiente, los Jedi partieron junto a Leed en una nave que el rey Frane insistió en regalarles para compensar la que él había destruido.

El planeta verdeazulado de Senali relucía a medida que se acercaban. Aterrizaron y volvieron junto a Leed a su hogar. El clan Banoosh-Walore salió corriendo de la vivienda en dirección a Leed, gritando expresiones de cariño y bienvenida. El chico desapareció instantáneamente en una nube de besos y abrazos.

—Pensé que ya había aprendido lo que necesitaba saber sobre lo que la felicidad personal puede afectar al deber de cada uno —dijo Obi-Wan contemplando a Leed—. Al principio pensaba que Leed debía quedarse aquí. Luego pensé con la misma profunda convicción que debía regresar a su planeta. Y ahora siento que, después de todo, éste es su sitio —suspiró—. Me he pasado la mayor parte de esta misión en un estado de confusión.

—Eso es bueno, padawan —dijo Qui-Gon—. Significa que estás aprendiendo.

—Cuando pienso en cómo abandoné la Orden Jedi, el recuerdo es muy doloroso —dijo Obi-Wan lentamente—. Es difícil no desalentarse cuando me queda tanto por aprender.

—Eso no debería ser causa de desaliento —dijo Qui-Gon suavemente—. La vida es aprender y volver a aprender. Puedes enfrentarte al mismo problema una y otra vez y encontrar un significado más profundo cada vez. El aprendizaje se vuelve más intenso, y eso es lo que nos mueve. Debería consolarte el hecho de que la vida te da sorpresas. Tú me enseñaste tras el asunto de Melida/Daan que necesitaba expandir mi mente. Me quedan algunas cosas por aprender.

—Bueno, me alegra oír que no lo sabes todo —dijo Obi-Wan a su Maestro con una sonrisa.

—Ni de cerca, padawan —dijo Qui-Gon—. Sospecho que ni de cerca. Incluso en la certeza debe haber duda. Es el estilo Jedi.